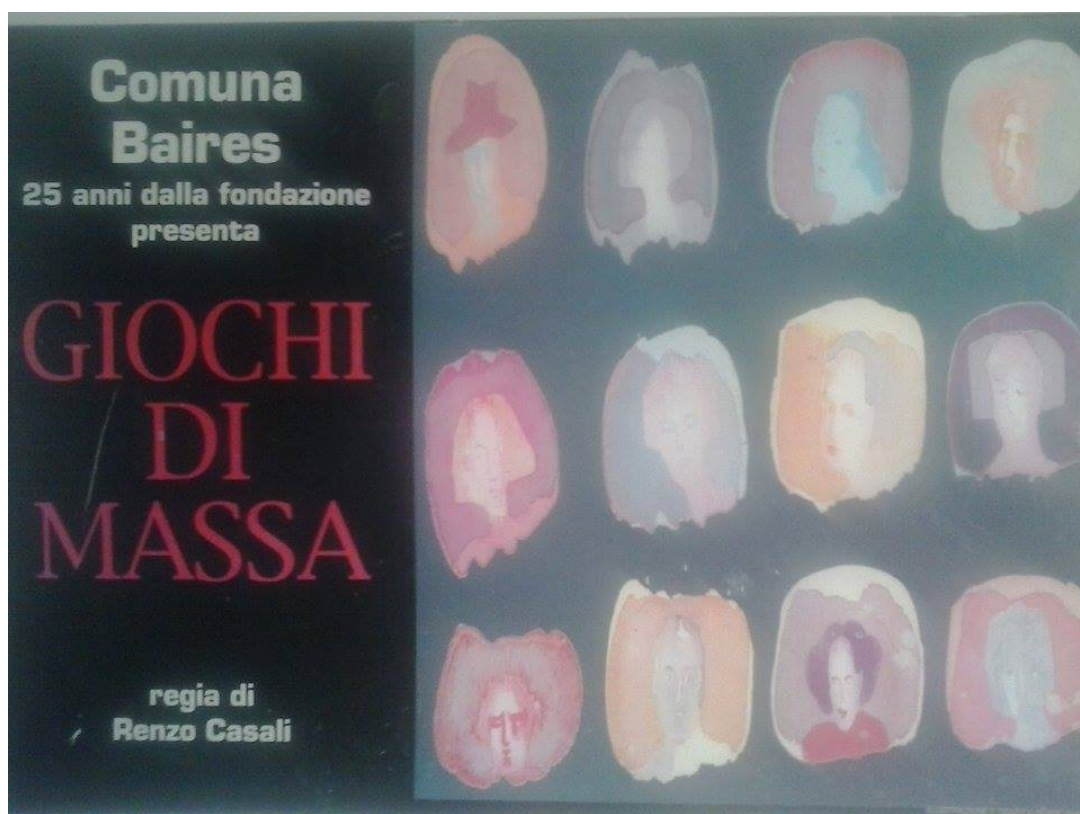


ANA ESCRIBE LA NOVELA DE RENZO

SILVANA CASALI



¿No ves que ya crecí? Y el dolor que no se va...

I. Ana solía espiarlo desde la ventana de la cocina

Ella caminaba donde él había caminado.

Ana levanta la vista del libro y piensa “tengo que escribir sobre Renzo”.

La frase que acaba de leer le trae a la memoria el último verano, cuando su prima viajó desde Milán para visitar Argentina.

–De alguna manera, vine a saber quién fue mi padre –dijo esa noche la hija más chica de Renzo mientras masticaba una porción de pizza.

Hacía cinco años que Renzo había fallecido.

Ana pensó qué difícil iba a ser hablar en italiano, a esa hora de la madrugada y con la familia juzgando qué tanto aprendió en el colegio que sedujo a sus padres con posibles intercambios a Italia para los estudiantes aplicados.

Renzo fue un misterio, pensó Ana. Pero no lo dijo en voz alta.

Desde que era chica, Ana odiaba a los fumadores;

—Voy a dejar de fumar si vos dejás el chupete —dijo su abuela sacando del inodoro el paquete de cigarrillos que Ana acababa de tirar.

Pero cuando era Renzo el que fumaba, mirando al vacío, Ana se quedaba ahí, inmóvil, escuchando cómo el tabaco se quemaba lentamente en la pipa, viendo cómo el humo gris la envolvía.

—¿Es cierto que conoció al Che? —preguntó su prima ya despidiéndose.

Hace un tiempo que Ana recuerda a Renzo.

Quizá porque quiere retomar teatro, después de haber abandonado a su grupo para mudarse a La Plata.

Quizá porque quiere convertirse en escritora y no se le ocurre otra cosa.

Cada vez que Renzo visitaba Mar del Plata para presentar alguna de sus obras, entraba a los gritos y aplausos a la habitación de Ana, a las 8am, para llevarla a desayunar. Ana, con dieciséis años y vacaciones de verano, daba media vuelta y seguía durmiendo.

Una de esas mañanas Ana conoció el submarino con dos barras de chocolate.

Una de esas mañanas Renzo le regaló tres libros que, le dijo, eran claves:

El proceso,

Cuento de Navidad,

Robinson Crusoe.

Ana entendió ese gesto como una invitación a mostrar lo suyo: una carilla de existencialismo —cliché!— y una poesía —otro cliché!—. La devolución de Renzo fue:

—que Ana debía volver a leer la primera y la última oración,

—que allí se escondía todo lo que un escritor quería decir.

Renzo disfrutaba andar en auto por el puerto.

Al llegar a una de las esolleras laterales, donde los lobos marinos están echados al sol, Renzo ordenaba a todos bajar las ventanillas; le gustaba quedarse ahí, un rato, sintiendo el olor a podrido.

Ana se fue a estudiar Periodismo a La Plata cuando tenía veinte años. Hacía uno que Renzo había muerto. Por esos días Ana recibió un mail de un amigo de su tío, que le proponía traducir del italiano alguna de sus obras teatrales, donde aparecían las obsesiones de Renzo:

- el poder delirante y destructivo del hombre,
- los cruces de destinos individuales,
- los karmas que redefinen la historia.

Ana había conocido al amigo de su tío en diciembre de 2009, el último fin de año que pasaron juntos. Esa tarde, bajo la única flor que había dado la magnolia del padre de Ana, Renzo y su amigo le hablaron a Ana de sus días en que sentados bajo las palmeras de Plaza San Martín, sobre calle seis, cerraban los ojos y creían estar en un ágora griega. Renzo también se había anotado en Filosofía y Letras porque quería ser escritor pero, a diferencia de Ana, el primer día de clase el docente le había dicho que para serlo no tenía que estudiar literatura.

Tenía que escribir.

Renzo duró un par de meses en la facultad de filosofía.

(Ana duró un poco más).

Ana lo conoció en Plaza Rocha, era un nuevo amigo de sus amigos.

Después salieron todos juntos al bar Bukowski. Ana, quien se había convencido de haber madurado sólo por estar viviendo sola en La Plata, creyó que la mejor forma de demostrarle su interés era siendo indiferente.

Al fin de semana siguiente, él llegó a Bukowski para verla; su mejor amiga le había contado que Ana estaba ahí. Se fueron juntos.

Esa noche y durante un tiempo, Ana sospecha que él está ahí por obligación:

–Seguro que te obligaron mis amigos para que olvide a *the one i love* –suele decirle aunque él lo niega cada vez (y ahora sería imposible saberlo, ya está enamorado)

Después *the one i love* se fue haciendo más lejano, a veces como un eco que la aburría repitiendo el mismo final de palabra, otras como el olor a cebolla frita que permanece en el monoambiente de Ana al día siguiente de cocinar una tarta de choclo (bastan un par de sahumeros de sándalo y abrir bien las ventanas).

O entusiasmarse con otro amor.

Ponerle onda.

El último diciembre que Renzo visitó Argentina, el hermano de Ana empezó psicoanálisis y dejó de verse con su padre. Ana temía que la terapia lo alejara de ella, su tío le dijo que intentara hablar con él.

Ana lo encontró en la peatonal, donde su hermano hacía trenzas durante la temporada. Su hermano le dijo que se quedara tranquila, que cuando uno arranca terapia los que caen son los padres, no las hermanas.

Después de abrazarse fuerte, Ana caminó hasta el bar donde Renzo se sentaba a escribir cada tarde. Le propuso tomar el colectivo –porque no sabía si le alcanzaba la plata y no quería que pagara él–, pero volvieron en taxi.

Ana le contó lo que había hablado con su hermano. Durante el viaje, Renzo no dijo nada, pero cada tanto la miraba a los ojos.

Aunque era diciembre hacía frío. La madre de Ana estaba en la cocina. Le preguntó cómo le había ido: Ana repitió lo que le había contado a su tío, que ahora estaba de pie, con su chaleco beige, con una mano apoyada en el respaldo de la silla. Después de un largo silencio, la madre le preguntó a Renzo qué pensaba:

–Está matando al padre, es absolutamente natural y necesario. Ana también lo va a hacer, pero con vos.

Renzo la vio actuar una vez, en el último año que vino de visita a Argentina.

Suena música electrónica. En escena, Ana y sus compañeros interpretan a unos simios que evolucionan hasta convertirse en humanos. En las manos llevan celulares de juguete y teclados de computadoras viejas. Cada vez se van encorvando más y más hasta que, poseídos por las máquinas, devienen otra vez en monos.

Con cada movimiento que hacía sobre el escenario, Ana intentaba ver la mirada de su tío, imaginándolo entusiasmado, creyendo que sus genes habían llegado hasta ella.

Cuando terminó la función, sin sacarse el maquillaje, sin ayudar a sus compañeros a desarmar la escenografía (desarmar la escalera de hierro, juntar los pétalos de rosa,

enrollar el piso de hule con cuadrados negros y blancos gigantes) Ana corrió a encontrarlo.

Renzo dijo que no era recomendable que actuaran en primer año.

Dijo que no le encontraba ningún sentido a la obra.

—¿Pero lo de los celulares no te pareció ingenioso?

—Para nada. Ni bien salieron de escena agarraron sus celulares de verdad. Eso es mentirle al público.

Una mañana de 2009, Ana acompañó a Renzo al café en que lo entrevistaría una periodista de un diario marplatense.

Renzo dijo muchas cosas. Dijo que para él el teatro era tan importante que podía dejar de hacerlo en cualquier momento. La periodista no lo escuchó, por eso no repreguntó.

Una vez solos, Ana le pidió que se lo explicara mejor.

—El teatro es tan importante que al mínimo indicio que veo de corrupción dejo de hacerlo inmediatamente.

Por eso tenía etapas en que no hacía teatro, sino que se encerraba a escribir,
escribir,
escribir.

Por la noche, cuando volvieron a casa, Renzo le pidió al padre de Ana que sintonizara un canal, que hacía un tiempo había descubierto una serie y quería que la vieran juntos.

Renzo, al tiempo que elegía la milanese más quemada de la fuente, hablaba de la personalidad del protagonista, pero era de él mismo de quien hablaba.

—¿Sabés por qué creo que le gustaba tanto Dr. House?, —recuerda ahora la madre de Ana— porque uno de los doctores de su equipo era oncólogo. Quizá creía que podían llegar a hablar de su enfermedad.

—¿Es cierto que conoció al Che? ¿A vos te dijo eso? —pregunta Ana.

—Él decía que sí. Pero no creo.

—Si contamos desde la primera vez que salimos, hoy cumplimos un año. Si contamos desde la noche en que nos pusimos de novios, faltan tres meses y.... un, dos, tres, no, ¿o son dos?, no, tres, o dos, dos meses y pico.

—¡Feliz año entonces, amor! (no me acuerdo qué día nos pusimos de novios, pero esto mejor no te lo digo)

Ana solía espiarlo desde la ventana de la cocina.

En el patio, sentado bajo la sombrilla y frente a la mesa de plástico, Renzo miraba al cielo con seriedad y escribía, escribía, escribía. Siempre llevaba puesto un chaleco beige donde guardaba una lapicera y sus documentos.

Renzo tenía el pelo blanco, lacio, corto. En el último tiempo, el padre de Ana le decía que estaba cada vez más parecido a su padre, Casalino. Físicamente, aclaraba. Renzo no respondía.

Por la tarde, Renzo se iba al centro a caminar. Cuando volvía a casa podían pasar dos cosas:

—que durante el trayecto algo lo conmoviera para crear un proyecto filantrópico;
—que durante el trayecto algo lo deprimiera y, después de algunas respuestas monosilábicas, confesara que había perdido la fe en el hombre.

Una compañera de Filosofía se acerca a Ana, que está sentada en el pasillo, esperando, y le cuenta que está en tratamiento psiquiátrico. Le explica algo de los transmisores de serotonina, que para que no se le vayan del cerebro tiene que tomar una pastilla y otra para generarla, y que su psicóloga es una copada y que desde entonces está bien. Los compañeros que llegan se acercan, se suman a la conversación, suman pastillas.

Esa noche, mientras sus padres duermen, Ana llora.

Se convence de que ella también tiene depresión, de que la serotonina, seguro que a ella también. Pide un turno con un psiquiatra. Le dice que está bien, celebra sus historias, le recomienda un par de películas. Dice que vea *Across the universe*, que ella se parece a Evan Rachel Wood. Ana no entiende si el parecido es físico o el psiquiatra quiso decir que son parecidas en la forma de ser. En la película la chica no se deprime,

es una hippie militante, así que debe haber querido decir que el parecido es físico, piensa Ana.

Ana pide a su madre que hable con el psiquiatra.

–Tranquila, me dijo que sos... Nada... Que sos un poco idealista, que ya se te va a pasar.

Ana pide al psiquiatra una interconsulta. Él insiste en que no es necesario. Ana le confiesa que tiene miedo de terminar como sus compañeros de Filosofía, que ella sólo quiere parecerse a José Pablo Feinmann. El psiquiatra le pregunta si se acostaría con Feinmann.

–No, claro que no –le miente.

II. Escribir, escribir

Las paredes son blancas y tienen nada, porque la de San Telmo es una casa improvisada, habitada por eventualidades.

Irina juega en la plaza con Liliana, su madre, mientras Renzo, sentado frente al escritorio, repasa los escritos del día anterior y, otra vez, acomoda su cuerpo al ritual de alzar la pluma, dibujar un arco en el aire y apretar la punta metálica contra el papel, papel que no alcanza porque ahora suena el teléfono, el mismo que, desde hace dos semanas, no se puede usar por falta de pago.

Renzo, entonces, espera la clave: que suene dos veces, se haga una pausa de menos de un minuto y vuelva sonar; sólo así se sabrá que el que llama es uno de sus amigos.

Pero no.

El teléfono sigue sonando.

Entonces el nudo en la boca del estómago —el hambre es una buena disciplina, se repite—, la mirada fija en el aparato, la decisión, decidida al azar, de levantar el tubo.

—Tiene 48hs para dejar el país.

—...

—Qué linda hija le salió, che. La estamos viendo jugar: es preciosa.

Hace tres meses que Renzo volvió de una gira europea,
(cuelga el tubo y se acerca a la ventana que da a la plaza)
hace cuatro años que escribe y edita la revista *Teatro 70*,
(apoya la nariz contra el vidrio)

faltan dos meses para que asesinen a Carlos Mugica,
(ve a su hija Irina levantar la cabeza, mirar —como si supiera— y sonreír y saludar desde la cima del tobogán, antes de dejarse caer, antes de ver que una de las hamacas ahora está libre y correr hacia ella)

Ana imagina la escena como fotografía intervenida, como cuerpos en movimiento: Irina corre a buscar su lugar en la hamaca, Renzo baja las escaleras, atraviesa el zaguán, corre a abrazarla; Renzo no mira hacia todos lados, no les va a dar el gusto de mostrarse asustado. Inmediatamente se acerca al oído de Liliana y le dice que es hora de irse, de meter en cajas a Stanislavsky, a Meyerhold, a Mark Twain, a Dickens.

Y rajar.

El 5 de mayo de 1973, Comuna Baires cumple cuatro años. Liliana prepara una torta con duraznos, Antonio hace café; todas las personas del proyecto comunitario van a la casa de San Telmo, donde Renzo está sentado, en la esquina del comedor, como ausente.

Después camina de un lado a otro. No escucha lo que le dicen. Un amigo se acerca y le pregunta qué le pasa, le dice que se calme, que con Cámpora...

—Tengo pánico —le confiesa Renzo.

No sale de su casa durante diez días. Liliana llama a un amigo suyo y le pide ayuda. Lo llevan juntos a un médico chino.

—¿Pero de qué tiene miedo?

Se reestablecerá la paz interior; desaparecerá la violencia de arriba, dice la radio que dice la voz de Cámpora.

—Se viene un baño de sangre —responde Renzo.

Renzo nunca fue una figura estática para Ana. Cuando era chica lo veía mediado por los adjetivos ajenos: interesante, excéntrico, bondadoso, desquiciado.

Su tío no le prestaba atención; ella tampoco esperaba demasiado de un hombre al que ahora nombraba con su propio adjetivo: raro.

Una vez escuchó a su madre decir que Renzo era la única persona en el mundo que había hecho con su vida lo que deseaba.

Puede ser que desde ese día, piensa ahora Ana, Renzo se haya convertido en un mito de referencia.

Cuando alguien lo conmovía, Renzo se enamoraba con exageración de esa persona.

Cuando alguien intentaba corromperlo, Renzo rompía el lazo.

Cuando una persona no podía con su silencio, Renzo se alejaba.

Ana aprendió a disfrutar del silencio, observándolo, entendió el silencio.

—¿Por qué no me contas nunca cuando estas triste?/ ¿Por qué contestas con monosílabos, como hacía tu tío? —le preguntaba su madre.

Que su identidad tuviera relación con Renzo fue tranquilizador. Un certificado de salud mental.

—Hace teatro: salió a Renzo/Lee todo el día, como Renzo/Se compra libros en lugar de ropa, como Renzo, que usaba siempre el mismo chaleco sucio.

Era cierto; en cosas importantes, Ana y Renzo se parecían.

—Vos no sos como Renzo —le dijo a Ana un compañero de teatro de su tío—: de él se esperaba que fuera ingeniero, pero fue actor. De tu padre se esperaba que fuera médico, y lo es. De vos se espera que seas periodista, y lo vas a terminar siendo.

Ana piensa que no es así; su padre siempre quiso ser médico. Nadie espera que ella sea periodista; ella quería ser veterinaria, hasta que una adivina le tiró las cartas y le dijo que sería periodista. Pero, claro, lo de Renzo es más literario.

Ana se repite que escribir es lo único que debe hacer.

Ana repite a los demás que escribir es lo único que quiere hacer.

Ana escribe sobre Renzo porque, cuando tenía diez años, sentada en el patio de su casa, miró al cielo y corrió en busca de un papel para anotar:

Si la felicidad es lo que los mueve,

la felicidad será, entonces

lo que jamás encontrarán.

Su madre la observaba desde la ventana de la cocina. Por la noche, cuando cenaban, dijo:

—Ana es igual a Renzo.

Y el padre sonrió, mirando fijamente, primero a su mujer y luego a Ana.

Ana, frente a la televisión, hizo como que no escuchaba.

Pero escuchó.

Renzo Casali está escrito en letras cursivas, en el borde superior derecho de la página del diario. No va a volver de visita a la Argentina, por eso esta escena queda muda con algunas preguntas, enterradas en el fondo de Ana, lejos siquiera del umbral del inconciente hasta que, cuatro años después, un flash informativo de medianoche le anuncia que el Ministro de Defensa entregará las listas negras y las actas de la dictadura a la Asociación Argentina de Actores, encontradas en el subsuelo del Edificio Cóndor.

“Los artistas eran clasificados en cuatro categorías, bajo cuatro fórmulas, según su peligrosidad. Y todos los años esas series se renovaban, disminuyendo en los últimos años de la dictadura”.

Ana enciende la radio que escupe nombres:

“Durante la última dictadura cívico-militar desaparecieron 28 actores y fueron prohibidos otros a través de “listas negras” como Agustín Alezzo, Marta Bianchi, Norman Brisky, Víctor Bruno, Alberto Fernández de Rosa, Virginia Lago, Víctor Laplace, Cipe Lincovsky, Federico Luppi, Haydeé Padilla, Jorge Rivera López, Irma Roy, Bárbara Mujica, Héctor Alterio, Norma Aleandro, Marilina Ross, entre más”

Ana permanece en ese *entre más*. Entonces la escena vuelve y ahora ve a su abuela y a su padre hablándole de otra escena, esa que les cuenta Renzo ya instalado en Italia, con Irina que juega en una plaza de Milán, lejos de:

–las balas de la triple A,

–las medialunas argentinas,

–Comuna Baires, la comunidad teatral que nació hace cinco años en su casa de San Telmo.

La casa en Monselice es de piedra blanca y está en una colina, cerca del castillo medieval. Como si fuera posible, se mantiene cada vez más oculta, rodeada de árboles, en el medio del campo.

De noche, todas las ventanas se iluminan proyectando las sombras de sus habitantes, hombres y mujeres que también escaparon de la triple A, o del capitalismo, o que se enamoraron de Renzo y lo siguieron hasta allí.

En el parque hay algunas bicicletas tiradas. Desde la terraza se ven las aguas verdes y serenas del canal; en el margen izquierdo se levantan unas pocas casas de tres pisos. Más allá hay una iglesia humilde; cada vez que Renzo quiere entrar está cerrada.

Si en una de sus obras Renzo tiene que escribir una escena triste seguramente caminará alrededor del jardín de Villa Emo. Ese lugar lo entristece. Ahora, Ana encuentra que, en su diario personal, Renzo se pregunta por qué:

Es la blancura de las cuatro columnas en medio de un parque tan perfectamente cuidado, o

Es el cielo, que siempre que vengo está gris, o

Parece un cementerio con tumbas escondidas.

Para despejarse, cada vez que vuelve a su casa se detiene ante un castillo del siglo XIII. Siempre hace lo mismo: sube los peldaños imaginando que es el dueño. Sus compañeros de casa insisten en que deje de andar por allí, que en ese castillo hay fantasmas que se acumulan en el cuerpo hasta que, un día, hartos de convivir, uno de ellos mata la morada, el hombre que los contiene.

Ana tiene los ojos clavados en el techo; la habitación está casi a oscuras.

—¿Estas enojada?

—No.

—¿Segura?

Hace unos minutos, mientras hablaban de un futuro bajo un mismo techo, su novio le advirtió que la rutina podía bajar la intensidad del amor, que a él le había pasado con su ex, que tener helado en el freezer no significa que uno *quiera* comer helado todas las noches.

Una madrugada de invierno la policía entra a la casa de Monselice con sus fusiles levantados. Buscan drogas y armas. Ninguno de sus habitantes tiene permiso para permanecer en Italia.

Apuntan a Liliana, apuntan al resto de las mujeres. Los obligan a salir de la casa. Las balas de la triple A cruzaron el océano, piensa Renzo.

Al día siguiente se discute en asamblea la situación del grupo. Deciden que

—hay que luchar

—hay que involucrarse.

Renzo dice algo de la autonomía política. Una de las mujeres le propone que se limite a dirigir obras, que se abstenga del resto de las decisiones grupales. Renzo se niega. La vida comunitaria está estallando, hasta disolverse.

Las mujeres, sus hijos, dos hombres que se sumaron hace poco, todos, se marchan, dan portazos de despedida. Liliana también cierra la puerta, pero del lado de afuera. Renzo permanece, con la compañía de un gato y un paquete de hojas en blanco sobre la mesa.

Durante mucho tiempo, Ana va a pensar que el portazo de su último novio, un gato sobre el sillón y una pila de hojas en blanco es todo lo que necesita para convertirse en escritora.

En el edificio donde Ana alquila hay:

- un vecino que escucha los Redondos al palo desde las 16 hasta las 5am;
- una vecina que adoptó un perro callejero que llora y araña la puerta cuando lo dejan solo, que es por las tardes, cuando Ana intenta escribir;
- un administrador que le cobrará 290 pesos de más en las expensas y que Ana entenderá que es una trampa recién después de pagar.

Entonces Renzo pasó los días de 1969 y 1980 viviendo con gente, piensa Ana, que ahora lo imagina conviviendo con las personas con las que comparte proyectos, con las que intercambia visiones de mundo, con las que construye obras teatrales plurales polifónicas, con las que charla mientras barre el comedor, mientras frega la mugre que otro dejó en el baño, a las que convoca a una asamblea para decidir quién compra papel higiénico esta semana.

La vida en comunidad es, sobretodo, tener personas encima las 24hs.

- Mis viejos llevan 25 años de casados –le dice ahora su novio–; los tuyos por ahí andan, ¿no?
- Veinte conviviendo, no están casados –responde Ana sin levantar la vista del diario personal de su tío.
- ¿Y nosotros? ¿Cuándo vamos a vivir juntos?

Cuando en 1963 se fue con Liliana a estudiar teatro a Checoslovaquia, Renzo le dijo a su hermano que tenía todo lo que necesitaba: el amor de Liliana y un par de libros. Cuando en 1973 llegaron a Milán escapando de las amenazas, tenían la tranquilidad de estar a salvo. Ahora podían volver a los problemas de siempre, como vivir del teatro, alimentar a Irina, pagar el alquiler. Y cuidar que su amor no deviniera en una cosa totalmente otra, como, por ejemplo, una serie de destratos.

- Ahora, el divorcio.
- Ahora, Renzo visitando a Irina cada fin de semana.
- Uno de esos domingos, Liliana le reprocha no hacerse cargo de su hija.
- Para vos es fácil sacarla a pasear un día.

–Para vos ser madre es una molestia, ¿no?

Ante la respuesta de Liliana, Renzo carga a su hija en brazos y se la lleva con él.

No tiene plata; con Irina buscan comida en los tachos de basura de Milán; con suerte, encuentran alguna fruta caída por error. De noche duermen en un convento.

Los abuelos de Ana viajan a Milán en 1975.

A su padre Casalino, Renzo no le dice que está pasando hambre. Ni a Casalino ni a nadie.

III. Fotografías

La abuela paterna de Ana vive en un caserón viejo, triste y blanco de Gonnet. En uno de los estantes de la biblioteca, Ana encuentra una caja de fotografías en donde aparece Renzo.

En la primera lleva puesto un traje crema, camisa marrón y corbata a rayas. Su cuerpo tiene algo de artificial, o quizá sea su ropa, piensa Ana. Junto a él, una chica de unos quince años de pelo negro recogido lleva un vestido blanco sin mangas. Por delante de ellos hay una mesa de madera cubierta por un mantel de puntilla y varios paquetes de regalos. Renzo tiene una sonrisa sincera y los cachetes colorados. Ella, en cambio, tiene una mueca de superioridad.

En otra foto, Renzo y un amigo están en el patio –Ana lo deduce por el cantero y las plantas–. Lleva el mismo traje aunque no es la misma fiesta.

Renzo sostiene una damajuana cubierta de mimbre y sonríe. Su amigo lleva chaleco, camisa blanca y un moño negro. Tiene un jopo y un anillo en el anular. También sonríe, pero como tentado. Su mano derecha toca la espalda de Renzo. La izquierda acerca el vaso al pico de la damajuana.

En primer plano hay un hombre cachetón haciendo un asado. Lleva una camisa blanca y una gorra; tiene gotas de sudor sobre su rostro. A un costado, la abuela de Ana le sonríe a un pedazo de carne que levanta en el aire con un tenedor. Se ven sus pechos enormes a través de la camisa blanca.

La mano de Renzo está apoyada sobre su hombro. Él lleva puesto traje y corbata. Junto a ellos, de unos trece años, el padre de Ana sostiene un plato. Le está hablando al asador, pero mira al fotógrafo. Lleva puesto un saco abotonado. Una vez su padre le contó a Ana que de chico tenía vergüenza de ser tan flaco, por eso usaba sweater aunque fuera verano. Esa vez Ana rió pero ahora, al ver a su padre chico, bajito, flaco y abrigado bajo el rayo de sol, a Ana se le cierra la garganta.

Ana describe en su cuaderno todas las fotografías que encuentra.

Le avisa a su abuela que se quedará con una.

–¿No querías fotos de Renzo? –pregunta su abuela– En esa que te llevas tu tío no está.

En la foto aparece su padre, de unos dieciocho años, con su primera novia. Están sentados sobre las escaleras de una casa con el frente de mármol.

–Me la llevo igual.

Ana no intuye que lo que le llama la atención en la fotografía es un gesto en el rostro de su padre: una mueca mínima pero definitiva de enamoramiento.

En una noche futura, Ana descubrirá otras fotos de su padre, donde él esté posando junto a otras mujeres; junto a su ex, o incluso junto a la madre de Ana.

Pero nunca con ese gesto.

Renzo camina por el empedrado del Callejón de oro de Praga.

Si alguna vez narrara la vida de su tío, Ana debería poder escribir esa escena. Sobre su mesa de luz —una silla de madera sin barnizar— está Camus, que dice *“La noche viene luego y, con ella, las luces. Pero no sabré decir lo que encuentro de exaltante y secreto en ese sutil instante”*.

¿Está hablando de Argelia o de lo que me cuesta escribir a Renzo en ese callejón?, se pregunta Ana, que ahora da vueltas sobre su cama, cierra el libro, abre su anotador y escribe: *Lo exaltante de ese sutil instante es que Renzo, en ese lugar, conoció la casa de Kafka.*

Ana tacha la oración.

Yo, Ana, nunca conoceré esos callejones por donde caminaste; no entraré a esas casas de colores donde espiaste la vida de un tiempo lejano y nada tuyo; no lo haré más que en fotografías.

Vuelve a tachar con más fuerza.

Abajo, escribe: *averiguar de quién es la poesía que dice “¿no sabes que nunca conocerás Francia?”*

IV. Corazonada

Ana le pregunta a su padre qué recuerdos tiene con Renzo; él le dice que cuando tenía diecisiete años y trabajaba en una marmolería, un mármol se le resbaló y le cortó parte del dedo meñique. (Cuando era chica, a Ana la fascinaba ver ese dedo mutilado. Coleccionaba cosas rotas o incompletas, como los pares de aros. Después fueron las parejas fallidas. Ana, casi siempre, es el aro que se perdió)

Renzo lo acompañó a la guardia. El padre de Ana aguantó el dolor mientras lo cosían. Esperó a salir del hospital y subirse a un taxi para llorar. Ahí le dijo a Renzo que ahora ya no le permitirían ser cirujano, no sin su dedo meñique. Renzo lo rodeó con su brazo

y le aseguró que el día que hiciese su primera operación se iba a reír recordando este accidente.

El padre de Ana sonrió, aunque siguió pensando que jamás sería cirujano. No sin su meñique.

Ese año Renzo se fue a Checoslovaquia a estudiar teatro. Renzo y el padre de Ana se escribían cartas cada semana.

—¿Es cierto que conoció al Che? —lo interrumpe Ana.

El padre de Ana se rasca la frente y mueve apenas la cabeza.

—No creo... Me lo hubiese dicho ni bien volvió a la Argentina.

Ana se acuerda que hoy cocina para dos después de haber metido sólo una milanesa al horno: como cada lunes, hoy su novio cena con ella. Una sola milanesa, otro fallido, piensa Ana mientras intenta no pensar.

—¿Y el vino que ibas a traer? —pregunta Ana mientras lo ve colgar su campera en el respaldo de la silla.

—Uhhh, me olvidé. ¿Voy a buscarlo ahora? —pregunta el novio amagándose a saltar sobre la cama, en cámara lenta.

—No, ya está.

A los 18, cuando terminó el secundario, el padre de Ana se fue con sus amigos a Bariloche. Cuando regresaban a La Plata el tren chocó. A la semana, el padre de Ana recibió una carta de Renzo en la que narraba un sueño donde tenía la corazonada de que su hermano tenía un accidente de tren.

En la contestación, el padre de Ana sólo agregó algunos detalles: tres personas habían perdido la vida, veinte habían resultado heridas (el maquinista el más grave) y toda la línea del tren dañada.

Tal cual lo había soñado Renzo.

Renzo le contó a Ana que una medianoche, a fines de los cincuenta, cuando todavía vivía en La Plata, su padre Casalino le dio una cachetada en el cuello.

¿Por qué? ¿Por llegar tarde a casa? Renzo se levantaba a las 5.30, entraba en la fábrica a las 6, salía a las 15, volvía a casa para almorzar, entraba al conservatorio de música a las 17, salía quince minutos antes, a las 18.45, para llegar a tiempo al colegio Técnico Albert Thomas, y regresaba a su casa 00.45 para recalentar la comida y leer hasta dormirse. Los domingos dependía de Estudiantes: si jugaba de local y dónde. Pero ese martes, a las 00.45hs, Casalino le pegó.

—¡Susana!

—¡Soy Ana, nonno, A-na!

—¡Susana!

—No me digas así. Me llamo Ana. Aaaaaannnnnaaaaaa!!!!!!

Las discusiones entre el abuelo de Ana y ella, que tenía cuatro años, terminaban con un caramelo de miel de por medio. Ahora, Ana detesta los caramelos de miel. Son tan asquerosos como los Media Hora.

Dicen que la Tosca era hermosa: ojos verdes, piel muy blanca.

Dicen que Casalino estaba enamorado de ella.

Aunque Ana pregunta una y otra vez, su abuela insiste en que la Tosca se suicidó porque su suegra la odiaba. Por eso esa tarde de 1937, en lugar de ir a la fábrica, la Tosca siguió camino con su panza de 7 meses, esperó a que el tren estuviera cerca y se tiró sobre las vías.

Iba a ser un varón.

Después de eso, Casalino se casó con la abuela de Ana.

—Él nunca me amó —le dice ahora su abuela a Ana—. Le gustaban mis pechos y mi risotto.

Ítala, amiga y compañera de la Tosca en la fábrica de municiones, estaba enamorada de él antes de que fuera el marido de su amiga.

Renzo fue su primer varón, pero para Casalino no era el primer hijo. No tendría que haber sido.

Quizá por eso, piensa Ana, Casalino no fue a despedir a su hijo cuando se fue a estudiar teatro a Checoslovaquia;

Quizá por eso, piensa Ana, le cerró la puerta a su hijo en el '74, cuando necesitaba un escondite donde las balas de la triple A no lo encontraran.

Renzo escribió dos libros con su alter ego, *Alex C*, que ahora Ana encuentra. Abre uno al azar. Se llama "Scrooge", como el personaje de Dickens. Fue escrito en 2006. Ahí Renzo escribe su infancia platense, su adolescencia: cuenta cómo colarse en las fiestas de quince de desconocidas. Cuenta cómo fue la tarde en que se acercó con sus primeros manuscritos a un profesor de teatro. Cuenta cómo, al llegar de Italia, la primaria en una escuela argentina fue una tortura.

El profesor de lengua se burlaba de él por no hablar castellano y alentaba a toda la clase a que lo denigrara. En los dictados, cuando el profesor decía 'coma', 'punto', 'punto y coma', Renzo escribía 'coma', 'punto', 'punto y coma'.

—Dictado —El profesor de Lengua y Literatura del colegio Albert Thomas lee:

"La casa era hermosa: la rodeaban árboles, arbustos y palmeras. El interior era grande, tenía una habitación para Mercedes, otra para León y una para mí. En el comedor (lo recuerdo perfectamente) nos reuníamos por las noches mientras esperábamos a nuestro padre"

Renzo escribe:

La casa era hermosa dos puntos la rodeaban árboles coma arbustos y palmeras punto el interior era grande coma tenía una habitación para Mercedes coma otra para León y una para mí punto seguido en el comedor abro paréntesis lo recuerdo perfectamente cierro paréntesis nos reuníamos por las noches mientras esperábamos a nuestro padre punto final

El profesor le saca la hoja y la lee en voz alta.

Después le pregunta si le está tomando el pelo.

Después le dice que no sirve para nada.

Cuando suena el timbre, Renzo va al baño de hombres, cierra la puerta y llora.

El director del colegio es un hombre gordo de saco a cuadros que está sentado en el inodoro de al lado, que lo escucha y lo lleva a la dirección. Ahí le regala un libro de Mark Twain y unos caramelos de dulce de leche.

El profesor no vuelve a molestarlo.

A Renzo ya no le importa.

A Ana también la maltrataba su maestra de primer grado. Ana escribía y borraba muchas veces en su cuaderno hasta hacer agujeros, y se lavaba las manos cada vez que tocaba algo. Un día, su amiga Eliana, una cachetona de ojos verdes, le hizo frente a la maestra. Le dijo que dejara de molestar a su amiga.

Renzo dobló la apuesta: le contó a Ana que una vez el profesor le dijo tano hijo de puta. El padre de Ana le dijo que eso era mentira, que siempre exageraba todo, pero no se lo dijo a Renzo, se lo dijo a ella, después, a solas.

En una parte del libro Renzo escribe:

Es verdad que las mejores cosas de la vida nos suceden en un bar entre los 15 y los 18.

Y en otro lugar:

Primero o después debes tener los pies en tierra, repetía mi padre. Vos sos de los que están un paso más adelante, y te vas a arrepentir un día. Soñar no sirve para un carajo, mejor un trabajo seguro y una sistematización que un proyecto grandioso.

El libro narra hasta el primero de enero de 1959, con la esperanza puesta en el desembarco de Fidel en La Habana. Acá no dice que conoció al Che, piensa Ana.

—¿Lo conoció o no?

—Ya te dije que era un fabulador —dice el padre de Ana.

Cuando Renzo tenía cinco años, los ecos de las bombas de la Segunda Guerra Mundial eran un sonido cotidiano en Livorno, ciudad de la región Toscana. Pero una noche los aviones pasaron más cerca que nunca.

Ítala, la madre de Renzo, lo llevó a casa de su abuela, en Barga, una zona —un poco más— segura. En el camino Renzo vio a unos chicos jugar al fútbol con una pelota hecha de papeles. Él llevaba en la mano una de cuero, regalo de cumpleaños de su vecino, el

único objeto que había rescatado antes de dejar su casa. Se acercó a los chicos y se las regaló.

–Eso es mentira –interrumpe el padre de Ana.

–Es verdad, yo lo vi –responde Ítala–. Renzo era bueno.

–Era el mejor –contesta el padre de Ana– Pero cuando nos vinimos a Argentina esa pelota vino con nosotros, así que no la regaló.

Ítala ya está segura: su hijo está lejos de las bombas. Al día siguiente suena la sirena. Su marido está en la fábrica. Ella está en su casa, de licencia, por su panza de seis meses. Agarra un poco de ropa y corre hasta llegar a un campo donde hay cientos de ovejas. Un pastor la invita a bajar al refugio. Cuando Ítala está por descender tiene una sensación extraña en el pecho. Escucha la voz de su hermana muerta pidiéndole que no baje. Corazonada, piensa y siente como si un elefante apoyara su pata sobre ella. Se detiene.

–Si voy a morir que sea en el monte –dice. El pastor no la entiende, pero tampoco insiste. Él baja.

Una hora después llega al monte. Se sienta a descansar. Tiene los pies y las piernas hinchadas. De lejos ve una figura que se acerca. Ítala se pone una mano en la frente para tapar el sol del mediodía. Lo reconoce: es Piero, el cura que dejó los hábitos para unirse a la resistencia partisana. Ana imagina que desde entonces su abuela lo quiso mucho más.

–Piero! –La abuela de Ana se alegra hasta que lo ve de cerca– ¿Qué pasó? ¿Por qué tenés esa cara?

–Cayó una bomba en el refugio. Están todos muertos, Ítala.

Cuando sale de la fábrica, Casalino corre hacia su casa; un compañero le habló de la tragedia del refugio y quiere contárselo a su mujer para sentirse más vivo. Cuando llega, la puerta está abierta; Ítala no está. Casalino hace unas cuerdas y le pregunta a un vecino. Quedate tranquilo, tu mujer fue para el refugio, le dice. Casalino, que es corpulento, se hace chiquito. Empieza a correr. Llega al refugio –agujero negro en el

que se reúnen cuerpos decapitados, cuerpos enterrados y cuerpos sobre cuerpos—. Ítala no está. ¿O será uno de estos cuerpos? Corre una vez más. Cruza la plaza San Marcos. Va en dirección al monte.

Sobre una pila de escombros, la figura panzona de su mujer salta y agita los brazos.

Ana tiene un ataque de ansiedad ¿o se dice pánico?: siente que está en un refugio donde, en cualquier momento, estallará un corazón, seguro que el suyo.

Ana tiene un ataque de ansiedad ¿o se dice de angustia? en medio de la gente apretujada del subte que la lleva del centro de Capital a Villa Crespo, Ana piensa que se van a quedar encerrados, como pasa en el capítulo del tren fantasma de *Arnold*, un dibujo que veía de chica.

Ana recuerda cuando, en una clase de natación, sin saber nadar, se tiró desde lo más hondo. No supo flotar y no quería abrir los ojos porque el cloro ardía, pero lo hizo: su profesora le tendía un palo rojo para que se aferrara. El palo del subte se le resbala: Ana está bañada por su transpiración.

Cuando sale de la boca del subte le llega un mensaje de *the one i love*, después de dos meses sin hablarse: “¿Estás bien? Tuve una corazonada”

Renzo cruza el océano, baja sus pies del barco y pisa por primera vez el empedrado del puerto argentino en 1950. Tiene once años. Desde ahora vivirá en La Plata. Un año antes, un empresario platense viajó en busca de obreros italianos y se llevó a los tres mejores. Uno de ellos es Casalino, su padre.

Se instalan en una casita de Tolosa. El padre de Ana tiene seis años. Lo primero que hace es preguntar quién es el equipo más débil de la ciudad. “Gimnasia es el pueblo”, le dice su vecino.

—De ése tenemos que ser hinchas, Renzo.

Pero el dueño de la fábrica donde Casalino trabaja ya decidió los colores, por eso la primera Pascua que pasan en Argentina Renzo y el padre de Ana reciben tres regalos:

—una torta de reyes,

—una pelota de fútbol,

—una camiseta de Estudiantes para cada uno.

En 2006, Estudiantes puede salir campeón. Renzo está por viajar de visita a Argentina. Ana, por su padre, hizo una promesa: si ganan la final dará la vuelta a la manzana de su casa, de rodillas.

Renzo llega la misma tarde en que Ana empieza a dar la vuelta. En el camino hay piedras blancas, barro, pasto y caca de perro. Cuando termina, sus rodillas son una gelatina roja y amarilla. Renzo propone ir los tres a comer churros a *Manolo*, en el puerto. Mientras él y su padre hablan, Ana vacía el servilletero del bar y se seca el pus. Las servilletas usadas las va acumulando en su mano izquierda; algunas caen al suelo. Días después, en un seminario que da sobre teatro y política, Renzo cuenta a sus alumnos lo que Ana hizo. Hace una mueca de tristeza, levanta los párpados y agrega: —Se darán cuenta ustedes que Argentina, con fanatismos así, no tiene salvación.

A Ana le regalan un libro que asegura que el peronismo es el mal de todos los males.

A Ana le regalan un libro que asegura que es la ficción la que crea lo real.

Ana se pregunta por qué su tío no entendió el peronismo;

Ana se pregunta cuál de los dos es una creación ficticia.

Ana se imagina esta situación: Renzo tiene cinco años cuando, una noche, mientras duerme en la casa de su abuela en Barga, mientras Praga está siendo bombardeada por error, sueña que puede cambiar los nombres de las cosas, y con ellos, el destino.

En el sueño, Renzo les advierte a los soldados norteamericanos que Praga no es Dresde, Praga es Praga y Dresde, esa que ellos quieren aniquilar, queda en Estados Unidos. Los yanquis creen en sus palabras y terminan bombardeando su propio territorio.

Acto seguido, Renzo decide que ése no será más su nombre. Tampoco será el hijo de Ítala: llevará otro nombre y será hijo de la Tosca que, a su vez, no será una mujer suicidada y así su padre Casalino, por fin, lo querrá.

Pero el sueño de Renzo, como todo, sólo es parte del imaginario de Ana.

(No mucho más)

El profesor de Matemáticas camina entre los bancos de los alumnos del Albert Thomas. Se detiene junto al de Renzo, mira por sobre su hombro, lee la hoja que Renzo está escribiendo y le pega con el puño cerrado sobre la cabeza.

–Eva Perón, ¿qué “La Plata”?

–Pero esta ciudad se llama La Plata –dice Renzo atreviéndose a mirarlo a los ojos.

–Tache y escriba “Ciudad Eva Perón”.

–No.

–Al final tu tío era un gorila –dice ahora el novio de Ana.

Ana no responde. Cuando queda sola en su departamento, cuando su novio se va a cursar, Ana se pregunta desde cuándo suena en su cabeza *A letter to Elise*.

V. Todos mentimos un poco

Ana revisa la casa de su abuela en Gonnet hasta dar con una gacetilla amarillenta que dice *Comuna Baires*, y tiene en el borde superior la imagen de dos monos abrazados.

La Comuna Baires fue fundada por Renzo Casali, Liliana Duca y Antonio Llopis, nace el 5 de mayo de 1969 en la Cortada de San Lorenzo, San Telmo, Buenos Aires. Desde un punto de vista teatral tres elementos han caracterizado su concepción: un fragmento de historia, memorias de experiencias y una intuición creativa.

El fragmento de historia partía de la aventura del Teatro Independiente argentino, movimiento orgánico compuesto por más de 1.500 grupos teatrales, nacido de la costilla ideal del Teatro del Pueblo, de Leonidas Barletta, maestro autodidacta de la

libertad, que en un sótano húmedo de Buenos Aires, a la sombra horrenda del siniestro 1930, año del primer golpe militar, responsable del inicio de la destrucción del arco argentino, decidió que el teatro debía empezar allí donde había iniciado: desde los marginados del mundo que con sus luchas cotidianas, intentaban rescatar la propia dignidad. Una huella de teatro de grupo donde los viejos roles de capocómicos debían ser abolidos, donde actores, autores, directores, maquinistas, acomodadores, habrían de turnarse sobre la escena transformados, a pesar del pánico, en creadores militantes el imaginario. Una concepción antropológica del teatro, abiertamente comunitaria. A iniciar por la economía.

Leónidas grita “¡función!, ¡función!” mientras agita la campana que cuelga de la entrada del teatro. Renzo se acerca. Leónidas entra a la sala; no advierte que está siendo seguido hasta que, parado sobre el escenario, ve que un hombre en el pasillo le dice unas palabras. “Te admiro”, grita Renzo. Leónidas le responde que si fuera así sus obras serían populares. “Nadie entiende tus obras, Renzo”, le dice. “¿Cómo sabe mi nombre?”, se pregunta Renzo.

Ana, sentada en una butaca del fondo, observa toda la escena. (Esto nunca ocurrió, salvo en la mente de Ana: ahí es real)

La memoria llegaba desde muy lejos, vinculada al esplendor y sabiduría popular del teatro medieval, cuando la Commedia dell’Arte reinaba en Europa con su concepción de espacio único y ese espacio circular y horizontal, donde los ojos de quien asistía podían cruzarse con los de quien actuaba: el círculo medieval, o sea la democratización del evento teatral. Continuaba con Artaud, el primer poeta de las verdades comunicadas con el cuerpo de aquel actor-persona, que libremente decidía vivir la condición de apestado creativo, es decir la condición de un hombre al que le han quitado el tiempo de la esperanza. En ese modo, gestos, palabras y acciones se volvían únicos, inevitables y físicos. Contenedores dolorosos, ricos de revelaciones.

—¿Qué significa eso? —Renzo, sentado en el sillón, esperando a que su mujer —la última de todas ellas— esté lista para ir al centro, se queda mirando la remera de ataque 77 que lleva puesta Ana.

–Es una banda de punk argentina.

–¿Y tienen el escudo nazi?

–No, tío, la esvástica está tachada, ¿no ves? Es un signo de prohibido.

–No, Ana, eso es un doble mensaje.

La intuición fue la de Presentar y no Representar. Comuna Baires nacía rechazando el verbo representar, antiguo pilar metodológico e ideológico de la ficción burguesa, la máxima expresión del teatro all'italiana, ese lugar donde se finge creer que el Autor representa el Conflicto presente en la sociedad, el espectador representa la sociedad misma, el actor se hace cargo de la idea del director y en el que el director hace lo imposible por hacernos creer que es el fiel traductor del universo creativo del Autor. Un circo autoritario hecho aún más grotesco gracias al escenario vertical, esa estructura de dos metros de alto, bien iluminada, mientras abajo, sumergida en las tinieblas, una platea hembra e ignorante disponible a ser violada e iluminada. Según esta concepción el actor sería el sacerdote-que-ilumina-las-conciencias, el depositario de la Creatividad. Por eso Presentar y no Representar. Presentar-mi-mismo, en cuanto hombre y en cuanto actor. Conscientes que para hablar de la Sociedad-y a la Sociedad- es suficiente hablar sí mismos, olvidándonos de la sociedad y del otro, el que llamamos espectador. A pesar de todo continuamos creyendo que para comunicar algo importante al espectador sea necesario pensar al espectador. Pero sabemos que si de verdad queremos comunicar algo al espectador lo mejor que podemos hacer es olvidarnos de él. Si es verdad que el espectador es el destinatario final de un trabajo, entonces se merece lo mejor. Y lo mejor no es lo que yo creo que el espectador pueda desear, o necesitar; lo mejor que puedo ofrecer al espectador soy yo mismo: mis certezas, mis dudas, mis límites, mis potencialidades humanas y creativas.

En una sobremesa, Renzo le dijo a Ana que en la vida todos mentían todo el tiempo, salvo cuando actuaban.

–Paradójicamente –dijo–, cuando uno acusa a alguien de hacer teatro, quiere decirle que está mintiendo.

Esto último no se lo había dicho en su casa, sino días después, en un seminario, sentado en el medio de la sala teatral, con estudiantes y admiradores viéndolo con obsesión desde las gradas.

—En la vida todos mentimos, salvo cuando actuamos.

(Aplausos)

—Cuando me decís te amo, ¿lo decís en serio? Mirá que yo lo digo en serio —el novio la mira con ojos más grandes que lo habitual.

—A veces pienso que sí —dice Ana con tristeza y enseguida hace la mueca del siete de espadas.

Ana se pregunta desde qué momento dejó de actuar,
¿o desde qué momento empezó a mentir?

Desde el 5 de mayo de 1969 la Comuna Baires ha tenido que enfrentar 4 golpes militares, el último de los cuales obligó al exilio de 40 personas. Llegamos a Milán. Y allí fue la diáspora. El grupo se disolvió y algunos decidimos empezar desde cero. Apenas llegados en Italia sufrimos un periodo de transición donde un puñado de italianos, suecos, suizos, españoles, argentinos y alemanes, tratábamos de permanecer lo más cerca posible de la historia y de las intuiciones fundadoras del grupo: independencia política, economía comunitaria, concepción antropológica del teatro. Desde el principio de nuestra aventura habíamos elegido la definición de cultura que nos ofrece la antropología: la capacidad de reflexionar sobre nuestras elecciones cotidianas de vida. Desafío improbable sobre todo en Italia donde entonces existía la tendencia a buscar un interlocutor político para servir. Nosotros no solo no queríamos elegir ese camino sino que hubiera sido imposible seguirlo incluso queriéndolo, porque nos faltaban los cromosomas justos. Así cada uno trató de sobrevivir como mejor pudo; algunos decidimos rechazar la tendencia y pagamos en persona: en lo existencial y en lo creativo. Decretamos el divorcio con cualquier tentación partidista. El resultado es historia. Y la dejamos imaginar. Tiempos oscuros. Tiempos de asesinos. Nos salvamos gracias a Europa y dando vueltas por el mundo; los estrenos se hacían regularmente en

el exterior, sobretodo en Estocolmo, donde nos recibieron y gratificaron por más de 10 años. Fue gracias al movimiento teatral escandinavo que pudimos continuar estando anclados a nuestros principios y a nuestros métodos. Y fue gracias al encuentro y a la amistad y a la colaboración con el Living Theatre que nosotros, hebreos éticos del teatro, pudimos continuar soñando un mundo mejor y menos unívoco.

Antes de morir, el último diciembre que Renzo visitó Argentina, le regaló dos libros: *El método* de Stanislavsky y *Sueño de una pasión*, de Lee Strasberg.

–Hice un seminario con él.

–¿Es alguien importante? –preguntó Ana.

–¿Strasberg? ¿Pero vos no estas estudiando teatro?

También le regaló un señalador de madera. *Vos pintas de rosa mi alma*, decía, y dos duendes se tomaban de la mano en un campo de flores, bajo un cielo rojo. Probablemente lo hubiera comprado la mujer –la última de todas–, pero Ana prefirió pensar que había sido idea de su tío. Por eso, cuando la mujer se lo dio, Ana fue corriendo a abrazarlo.

El resto es crónica, sin lamentos, sin nostalgias, porque cada vez que la mirada se nos escapa hacia atrás descubrimos sólo lo peor. Un proverbio español dice: todo tiempo pasado fue mejor. Yo prefiero decir que todo tiempo pasado fue peor. Tiempos mejores aún tienen que llegar. Mañana, seguro, porque el hoy ya no existe.

Renzo Casali, Comuna Baires.

Una noche, después de actuar, Renzo se sentó en el café del teatro y se quedó charlando con las pocas personas que estaban allí, las que habían permanecido para escucharlo.

–Si pienso que todo tiempo pasado fue mejor, estoy muerto, loco –dijo echando bocanadas de humo de habano.

Todos le dieron la razón, menos Ana, que no se atrevió a contradecirlo. En cambio, se acercó al oído de su padre. Ana sabía que él también tenía la sensación de que todo tiempo pasado había sido mejor.

Años después Ana escuchó a Spinetta y pensó que su tío había sido un genio, pero no puede recordar si llegó a comentárselo, si le hizo escuchar *Kamikaze*, su disco favorito, o si Renzo ya estaba muerto.

Ana está convencida de que *the one i love* volverá.

Ana lo llama *the one i love* por la canción de David Gray que, cuando estaban separados, él le envió por mensaje privado de Facebook.

The one i love no es el novio de Ana.

Últimamente, cada vez más seguido, Ana piensa que todo tiempo pasado será mejor.

Amleto es un hombre joven que se pregunta por qué trabaja. Con ese acto se rebela. Los engranajes de una máquina cantan. Hay un tren al que sube con alegría, hasta que se da cuenta que no lleva a ningún lado. Pide ayuda, lo escupen, lo insultan. Aparece en una manifestación. Hay muertos. De a poco vuelve a convertirse en una máquina. Todos cantan. Las personas recuerdan lo que alguna vez fueron.

Eso es *Water Closet*, una obra que Renzo escribió a partir del Cordobazo, pero que no presentó en Córdoba, sino en Suecia.

Todas sus obras hablan de formas de resistencia, piensa Ana.

Todas sus obras se parecen entre sí.

Ana también hará de sí misma una copia: hace un tiempo lo intuye.

Ana repasa: lo único que le quedó fue que él la invitó a probar su primer submarino. Aunque puede que ya lo hubiese tomado alguna vez y no se acuerde.

Lo único que le quedó fue la figura de un hombre silencioso que celebraba su incertidumbre frente a lo real: Renzo desmenuzaba conversaciones, argumentos ajenos y posturas dogmáticas. Nada quedaba en pie.

Nadie.

Él sí.

A veces Ana lo imita, pero no hay caso: siempre termina aferrándose a algo: como ahora, con Renzo. Su nombre abre las puertas del refugio en el que Ana se permite caer.

—¿Estás con el auto? ¿Me puedes pasar a buscar? Hoy salgo medio tarde de la facultad...
—Obvio.

Esa noche, Ana se vuelve caminando a su casa. En el trayecto, un hombre sentado en una esquina le dice una guarangada; Ana acelera el paso y hace corriendo las dos cuadras que la separan de su departamento.

Al llegar, Ana apaga su celular: las disculpas, piensa, mejor aceptarlas por la mañana.

En noviembre de 1970 Renzo visitó por primera vez Estocolmo. Se perdió —a propósito— entre los callejones laterales de la ciudad; pensó en lo hermoso que sería vivir ahí, ahí morir. ¿Quién no firmaría su muerte de cuerpo bañado de sangre sobre los adoquines en el medio de la plaza de Stortorget, bajo las ventanitas iluminadas de los edificios verdes, rojos y amarillos?

Renzo no va a morir así. Lo hará en su casa, sin teatro pero con dignidad. Solo, en su cama. Pero todavía está en Estocolmo, piensa Ana.

Ahí presentó *Water Closet*. Los estudiantes del Teatro 9 que asistieron a esa función juraron hacer teatro como lo hacía Casali o no hacer nada.

Entre ellos estaba Dagmar, una chica rubia con flequillo recto, pollera corta, medias de colegiala y zapatos.

Meses después Renzo volvió para dar un seminario de método. El grupo entero fue a verlo. Entre ellos, otra vez, Dagmar.

Renzo volvió para hacer un film. Dagmar seguía ahí, Renzo seguía casado.

A fines de año Renzo fue invitado a Suecia por un amigo que conoció en Polonia, un tipo que ahora era el director de la ópera de Estocolmo. Le ofreció parar en una casa alquilada por un grupo de artistas de la ciudad. Era antigua, tenía cinco habitaciones y pisos de madera que crujían. Había colchones desparramados donde dormían amigos

hippies y visitantes hippies. Una de las que frecuentaba la casa era Dagmar, que era un poco hippie. Renzo ya no estaba casado. Y ahora podía ser que sí.

—Te voy a llevar a Skansen, el parque más hermoso que vas a conocer en tu vida —le dijo Dagmar apretando su mano. Renzo no hizo esfuerzo por soltarse.

Cuando llegaron él tuvo la sensación de que todo se volvía verde, como si entendiera el color y se lo dijo a ella, que sonrió.

Entre los árboles había casas de madera. Entraron en cada una; en una de las últimas había una mujer de vestido gris, cuello blanco y pañuelo amarillo que encendía la chimenea. Las casas señoriales estaban vacías, pero tenían más adornos y vajillas. Mientras miraban a los osos, Renzo pensó en rodear los hombros de Dagmar, pero no lo hizo. Ella se dio cuenta, lo agarró del brazo y lo llevó hacia el taller donde hacían vidrio. Vieron cómo un hombre sacaba del horno un líquido anaranjado y giraba el hierro hasta convertirlo en una copa que les regaló. Dagmar aún la guarda en el cajón de las bombachas.

Al atardecer se sentaron sobre una piedra, al pie del molino de viento.

—Podríamos quedarnos acá para siempre, ¿no? —dijo Dagmar con sus dientes blanquísimos. Quizá no debería haber asumido el silencio de Renzo como una afirmación.

—No quiero generar falsas expectativas, ¿me explico? Por ahí es que estoy con muchas cosas y cuando las vaya acomodando se me pasa, pero por ahí no, ¿me explico? Lo mismo me pasó cuando era chica; mi gata estaba enferma y le costaba respirar; vino el veterinario un viernes y nos dijo que lo mejor era sacrificarla, que lo pensáramos. Yo tenía diez años y tenía que decidir, porque la gata era mía, ¿me explico? Estuve ese fin de semana preguntándome qué era lo mejor: dejar que se fuera muriendo de a poco, sin interferir con la biología, o hacer que no sufriera más, ¿me explico?

—Pará, ¿me estás comparando con tu gata?

—No, no digo que seas como mi gata, digo que la situación es parecida.

—¿O sea que no sabés si sacrificarme?

–No lo digas así. La otra es seguir así, en piloto automático, hasta que yo deje de dudar. Pero puede que no deje de dudar, ¿me explico?

–No, pero bueno. ¿Qué hiciste con tu gata?

–La sacrificué.

Ella sabía un poco de italiano y él había aprendido un poco de sueco. Quizá no hayan hablado, piensa Ana. Ella era una rubia alta de espalda ancha y ojos azules. Siempre sonreía. Puede que uno de los únicos momentos en que no sonriera fue cuando Renzo la miró con desprecio por lo del embarazo.

Dagmar dejó Milán y volvió a vivir definitivamente a Suecia, porque Renzo se había convertido un poco en Casalino, su padre.

Ana también tuvo un error: creyó en *the one i love* cuando le dijo que sería para siempre.

–Ayer me escribió –le confiesa ahora a su novio–; cuando salía del subte me llegó un mensaje de él. Me preguntó si estaba bien.

–Ahhhhhh, ahora entiendo, es por eso que estás rara...

–No...

Para cuando Ana responde, su novio ya va por diagonal 77. Ana no ve a su novio arrancar las flores de cada jacarandá que encuentra en el camino y cómo las va destrozando, poco a poco, hasta llegar a su trabajo.

VI. Yo tampoco bailo bien

En un libro de teatro que encuentra en la biblioteca de su padre, Ana lee que Stanislavsky tuvo el proyecto de alquilar una casa de campo donde las personas purificaran sus almas. Quería crear una experiencia ética y artística nuevas.

Al costado de esas dos últimas palabras subrayadas, en el margen de la página, Renzo escribió con lápiz "*son lo mismo*".

Stanislavsky soñaba con una casa grande con un salón donde todos se reunieran a comer, con habitaciones para descansar. En otro espacio imaginaba los palcos escénicos y una sala para las obras. Un tren sería su única conexión con la ciudad.

Ana se imagina a su tío leyendo el mismo fragmento, enloqueciéndose por imitarlo, haciendo suyo el deseo que hasta ese libro no tenía. O puede que sí y la lectura lo haya reactivado, como ahora le pasó a ella.

Ana supone que en 1984 Renzo se convence de la urgencia de tener un pedazo de tierra en Argentina. Por eso cita a todo el grupo de la Comuna Baires en Milán, cuelga de la pared un mapa de Latinoamérica y señala con el índice la zona de La Pampa. “Las hectáreas en Cañuelas son un sueño posible si cada uno aporta lo que tiene”, dice Renzo con voz seria.

Todos están callados. Entre ellos está Guido, un italiano de Milán que trabajaba en la bolsa de comercio y provenía de una familia noble. Ana conoce su historia: un día se levantó de la mesa, dejó el trabajo, su casa, sus amores, sus amigos y lo siguió: para él, como para tantos, Renzo era el mesías.

Guido se para, saca unos billetes del bolsillo, los apoya sobre la mesa y dice:

—Me parece que me estas cagando, Renzo, pero la plata te la voy a dar igual.

Ana encuentra una gacetilla escrita por Renzo:

Willaldea Ciudadela del Teatro y del Encuentro NORTE-SUR.

Cañuelas Provincia de Buenos Aires 160 hectáreas para cooperación y la experimentación en el territorio entre las diversas culturas y para poder individuar las mutuas necesidades.

En el 89, los padres de Ana visitaban Cañuelas sábado por medio. Ana fue algunas veces a ese

—paraíso,

—establo encantador

—establo mugriento con un horno de barro donde se hacían pizzas con rúcula.

Ahora hay ocupas armados hasta los dientes.

Hacia el fondo del terreno, en Cañuelas había una capilla de barro con una cruz de madera rota en la punta. En su interior había seis banquitos de plástico. Un escalón también de barro separaba la salita del altar.

El cura era un gordo que había sido agricultor y ahora pertenecía a la orden de Don Bosco. Usaba la misma estola amarilla desteñida para todos los servicios: casamientos, bautismos, comuniones, fiestas chamánicas.

Autoridad celestial en Cañuelas, se encargaba de santificar las uniones de los habitantes y meses más tarde bendecir sus separaciones.

No había testigos externos: sus familias no podían enterarse de que sus hijos o hermanos se estaban casando o divorciando en Cañuelas.

—Los declaro marido y mujer; a cambio, el sábado quiero que me cocinen algo más que pizza con rúcula.

—¿Qué me dirías si un día vengo y te propongo matrimonio? —le pregunta su novio a Ana.

—¿Qué te gustaría escucharme decir?

—Y, que sí, aunque me daría miedo.

—A mí también (pero porque te diría que no).

Todo lleva un nombre específico.

Por ejemplo La Calesita. Se llama así porque es redonda; está en el medio del parque, entre la entrada a la estancia y la sala. Son dos robles inmensos que hacen de centro de escenario y tienen alrededor una empalizada baja donde van las sillas y las mesas. Es el encuentro donde todos se reúnen a reflexionar sobre la crueldad del capitalismo. Unos metros más allá, entre La Calesita y la Capilla, está el Salón BienEstar. Ahí comen las pizzas los sábados a la noche. También hacen, cada tanto, la ceremonia del mezcal.

—¿Podemos hacer una ceremonia antropológica? —pregunta Guido desde un locutorio en Cañuelas.

–Sí, claro –responde Renzo desde Milán.

Guido construye un escenario y tres gradas, todo de tierra.

Guido construye un iglú con varas de madera y lo cubre con una sábana vieja.

Guido hace un pozo profundo en el centro del iglú.

Cuando está todo listo, alguien se encarga de llamar a los chamanes.

Se hacen tres ceremonias religiosas de renacimiento.

–Temascal –insiste uno de los chamanes–, se dice Temascal.

Los chamanes, después de pedir autorización al árbol y ofrendarle un trozo de tabaco, cortan sus ramas y con ellas encienden una fogata fuera del iglú. Le agregan piedras calcáreas que Guido y los demás buscan durante todo un día. Los chamanes designan al Señor del Fuego, un tipo flacucho elegido al azar, encargado de preparar y cuidar la hoguera.

Al iglú todos entran semidesnudos. El chamán que dirige pide al Señor del Fuego que introduzca la primera piedra en el pozo. El director tira agua y empieza a invocar espíritus positivos. Ofrece la palabra. Agrega aromáticos. Pide la segunda piedra. La temperatura aumenta hasta llegar a los 60 grados. Algunos abandonan y salen. Arrepentidos que huyen de Cañuelas para no volver.

Sala de Bienestar: cuarenta mantas en el piso sobre las que cuarenta personas alucinan en la ceremonia del mezcal. Participan los hijos de los integrantes. Participan los perros.

–Todo el que entra se queda –dice el chamán–, dejen al pichicho.

Viene gente desde Entre Ríos, Córdoba, Rosario, Buenos Aires. Algunos están muy enfermos y esta ceremonia es el último intento. Otros llegan porque les dijeron que ahí se hacen unas pizzas con rúcula que están buenísimas.

Quien quiera puede ir a Villaldea y quedarse a vivir. Cuando todos se pelean y queda sólo Guido, un hombre de mirada torva se acerca y pide permiso para levantar una

humilde casa justo detrás de la capilla. Guido dice que no tiene problemas. Cuando Renzo decide vender el terreno, el hombre de mirada torva no quiere irse. Renzo envía a un abogado. El hombre de mirada torva lo saca a los tiros.

—Es lo más —dice Ana al teléfono—, tiene mi edad, cero enrosque, ah, y esto te va a gustar: es compañero.

Su hermano, del otro lado de la línea, sonríe.

Cuando Cañuelas está en su mejor momento, una pareja porteña de recién casados contrata la Sala de BienEstar para hacer su fiesta de casamiento. Franca, integrante de la Comuna, se ofrece para trabajar de camarera. Lleva a su novio para que la ayude, pero éste se emborracha y empieza a amenazar al recién casado. “Te voy a matar, porteño careta”, le dice.

Después de eso, Guido decide expulsar a Franca de la comunidad. Franca pide perdón, explica que su novio tiene problemas y está en tratamiento. A Guido no le importa: decide hacer un juicio. Llamam a un amigo de Renzo para que viaje desde La Plata y oficie de juez.

El juicio dura tres horas y media. Franca declara, el novio declara -y jura que molerá a palos al juez-, Guido declara, el resto declara. Se dictamina que

—la chica puede seguir siendo parte de la Comuna;

—el novio no puede volver a pisar Cañuelas;

—la próxima vez será expulsada.

Guido se acerca al juez para protestar. El juez le responde que deje de hinchar las pelotas.

Para 1994, en Cañuelas ya no hay más que peleas. El límite, la violencia física, lo cruzaron. Renzo viaja desde Milán a Argentina y reúne al grupo en el Salón BienEstar.

—Nos vamos a Córdoba —les dice.

—¿“Nos”? Si vos no estas nunca acá —responde Guido.

—Nos vamos a Córdoba —insiste como si no hubiera escuchado.

Renzo compra un viejo hotel en La Falda y se vuelve a Italia. Allí convence a una pareja de amigos que viven en Mestre, Venecia, de mudarse a La Falda y llevar adelante una pizzería. En su casa de Mestre, por la noche, puede oírse el ruido del agua: un canal veneciano atraviesa el jardín interior. Pero cómo negarse a Renzo. Ni bien llegan se ponen a trabajar: *Viva la pizza pazza* es un local agradable pero no pretencioso, iluminado y con manteles de cuadrados rojos y blancos, con velas blancas.

Además de pizzas, cocinan pastas.

Entran pocos.

Nadie compra las pizzas.

Nadie compra los ñoquis.

A los cuatro meses se funden.

El ex grupo de Cañuelas, que ahora habita La Falda, también.

—¿No era que vos decías que eso de tomarse un tiempo es una mentira? —su novio está sentado en el borde de la cama, con las manos entrelazadas. Al costado están sus zapatillas verdes cubiertas de barro.

—Es verdad —Ana está de pie, con la mirada en el ventanal que devuelve uno, dos, tres, quince torres de edificios.

—¿Entonces?

—Ahora pienso distinto —en el atardecer todos los edificios son grises.

—¿Desde cuándo?

—Desde anoche.

—¿Qué cambió?

Ana se concentra en una terraza que sobresale: está pintada de celeste.

—Me di cuenta en la fiesta. Cuando bailábamos juntos sentí que estábamos desarticulados. ¿No lo sentiste?

—Pero eso es porque yo no sé bailar.

—Yo tampoco bailo bien, pero no lo había sentido hasta anoche. ¿Vos no lo sentiste?

—No, Ana. No.

Un mediodía de 1995, cuando Ana volvió del jardín de infantes, había un hombre altísimo de pie frente a la heladera de su casa. Se estaba comiendo sus fideos al pesto; ya no quedaba más y seguía raspando el plato. Renzo estaba sentado en la mesa y alentaba a Guido para que no dejara de comer. Ambos estaban sucios y hablaban a los gritos en italiano. Las actrices que habían venido en la gira no se afeitaban las axilas, caminaban de un lado a otro de la casa.

Extraterrestres, pensaba Ana, extraterrestres del universo renzístico, mediador entre la familia argentoburguesa que le abría las puertas y los amigos grotescos que sí había elegido como familia.

Ana también recuerda a Dora, una mujer gorda y buena que sólo hablaba para asentir o negar algo. Casi siempre asentir.

Dora estaba enamorada de Adolfo, el amigo de adolescencia de Renzo con el que se colaba a las fiestas de quince, al que Renzo obligó a unirse al Partido Comunista platense.

Un día, en Cañuelas, Renzo les dijo a los dos que se tenían que casar. A los pocos días los casó el cura gordo de la capilla. Cómo contradecir a Renzo.

Ana los vio a todos actuar: los personajes hablaban en italiano, una japonesa tocaba un piano, algunos hombres bailaban. Su tío, vestido de negro, parado frente a un atril de madera, leía fragmentos de un libro grande a la luz de una vela.

Cuando salieron de la obra, la abuela materna de Ana, que también había sido obligada a ir, preguntó si era un manicomio.

—Puede ser interpretado de esa manera —le dijo la madre de Ana—, pero se trata más bien de un autor que murió y dejó huérfanos a sus personajes...

—No, lo decía por Renzo, qué locura tiene, ¿no?

Cuba. 2009. La formación histórica de Cañuelas viaja al XIII Festival de Teatro cubano. Se reencuentran. Renzo pide hacer el balance del proyecto comunitario en Villaldea.

—¿Ahora querés hacerlo? Pasaron más de veinte años, Renzo.

–Antes no hubo tiempo –dice– Quiero saber por qué no pudieron con sostenerlo.

–Nosotros te necesitábamos ahí; vos no estuviste.

–Yo transmití la iniciativa, ustedes la tenían que sostener. En lugar de eso, lo destruyeron. ¿Qué pasó?

La voz de Dora, que nunca habla, que si lo hace es siempre para asentir, se escucha desde algún lugar de la ronda:

–Llegaron nuestros hijos que tuvieron hambre, frío y barro pegado hasta las rodillitas. Eso pasó.

VII. Ojala algún día Ana conozca Praga (y no esté sola)

Ana imagina que lo recordará, por lo menos, con admiración.

–De mi vida con Renzo tengo recuerdos muy traumáticos –se ataja Liliana ni bien se encuentran.

Ana llega puntual, la primera mujer de Renzo tarda en bajar a abrir. Cuando lo hace, Ana deduce que su demora se debió al exceso de maquillaje. Es rubia, lleva el pelo corto, tiene los ojos saltones delineados de verde y unos labios rojos.

Suben. El departamento de Liliana tiene música de yoga, cortinas largas de colores, una piedra anaranjada que brilla. Liliana hace bioenergética. Ana le pregunta si puede grabar la conversación.

–Explicame primero qué es lo que querés saber.

Tu vida con Renzo, le dice Ana, cómo se enamoraron, cómo se les ocurrió ir a estudiar teatro hasta Checoslovaquia, cómo imaginaron la fundación de la Comuna. Ana sonríe, Liliana no. Le contesta que no se acuerda mucho, que es pésima con las fechas.

–¿Puedo grabar?

–No.

Ana piensa que hay que dejar de confiar en los criterios paternos. Cuando le preguntó a su padre con quién podía hablar de esa etapa de Renzo, él dijo que Liliana era una mujer con la que –recordaba– se podía charlar de cualquier cosa. Menos de Renzo, evidentemente.

–Lo conocí en el Teatro de la Universidad de La Plata.

–¿En qué año?

–No me acuerdo.

–¿No te acordás?

–Bueno, digamos 1960. Yo estaba de novia, no muy enamorada. Renzo tenía todo lo que al otro le faltaba. Era avasallante. ¿Sabes cómo lo recuerdo el primer día? Con cara de culo, sentado con su gabán azul y las manos en los bolsillos. Antes de salir a escena era insoportable. Mis amigos y yo podíamos estar hablando de cualquier cosa y ponernos serios al momento de subir al escenario. Él no, era muy obsesivo y siempre andaba callándonos porque decía que tenía que concentrarse en su papel.

–No puedo imaginarlo como vos; para mí era omnipotente...–sonríe Ana buscando complicidad.

–¿Quién? ¿Renzo? Era extremadamente inseguro y tímido; a veces tartamudeaba. Y encima era ególatra.

–No sabía que habías sufrido tanto –Ana se escucha y sabe que su comentario, el tono con que lo dice, subraya su malicia; lo que está queriendo decir es “no es para tanto, Liliana”.

–Tenía una personalidad conflictiva. Especialmente por el vínculo con su padre. Me dio mucha lástima que se fuera de este mundo sin perdonar a Casalino, quien por otro

lado hizo lo que pudo. Eso le hizo mucho daño a Renzo; yo quise viajar a verlo antes de que muriera, pero él no quiso.

—¿Y cuándo se separaron?

—No me acuerdo. Te dije que no soy buena con las fechas —dice Liliana sin lograr que Ana le crea.

Sí se acuerda del tiempo en que vivieron en comunidad en Monselice. Había muchas mujeres embarazadas y con hijos. Uno de ellos tenía esquizofrenia. El psicólogo del grupo recomendó que en las etapas de crisis agudas al niño se lo separara de su madre biológica y se le asignara una sustituta. La eligieron a ella. Un día, en un descuido, el chico se trepó al techo de la casa y saltó. Ana no le pregunta qué pasó. Seguro que no se acuerda.

—¿Y Checoslovaquia? ¿Sabían hablar en checo?

—El Teatro Negro de Praga estaba de moda, y a Renzo y a mí no nos gustaba la forma de hacer teatro en Buenos Aires. Nosotros queríamos seguir a Stanislavsky y a Grotovsky. Un día empezamos a averiguar y nos enteramos que había becas de estudio. Como no conseguimos ninguna, vendimos todos los regalos de nuestro casamiento para comprar los pasajes, y ni bien llegamos ya estábamos sin dinero, sin lugar donde vivir y perseguidos por la policía. En el tren nos pararon y nos pidieron pasaportes; nos mantuvieron bajo observación. Creían que éramos espías. Por suerte un hombre se apiadó de nosotros, le contamos nuestra situación y nos consiguió lugar en una organización internacional estudiantil, que era donde iban los becados. Estuvimos un año en un pueblito cerca de Dresden estudiando el idioma. Yo aprendí bastante rápido, pero Renzo era un desastre.

—Y ahí fue cuando el tío conoció al Che —confirma Ana.

—¿Quién? ¿Renzo? ¿Al Che? Jamás lo conoció.

—Pero sí, Liliana, si él me lo contó: mientras iba caminando por una calle desierta de Praga, un compañero de teatro le hizo señas y le pidió que lo siguiera. Se metieron en un sótano y ahí estaba el Che, hablándoles a unos pocos.

—Qué mentiroso, eso nunca pasó. El que conoció al Che fue nuestro amigo Roque Dalton, que viajó en el mismo avión hacia África. Y eso se lo contó a Renzo. Roque fue

jurado del premio a las letras cubanas. Yo quise participar, pero me dijo que estaba todo arreglado.

Ana escribía poesía desde que tenía diez años. En segundo año de Periodismo, un profesor le dijo que escribir poesía no era escribir.

Si quería ser escritora tenía que escribir cuentos. Una novela. Cuando terminó la cursada, Ana propuso hacer una cena en su casa. Invitó al profesor por Facebook. Le respondió “puede que vaya, eh!”.

Antes de que llegaran, Ana se acordó de esconder *Gotán* en el cajón de las bombachas y de poner a la vista *Cómo me hice monja*.

El profesor no fue.

En 1963 Renzo llegó a Praga con Liliana para estudiar teatro. Ella no aparece en los escritos que Ana encuentra; en cambio, Renzo escribió:

“En Praga, aquella particular tarde de aquel extraño domingo de fin de julio, en homenaje a mis sueños, una llovizna pegajosa y continua anunciaba antes de tiempo el fin del verano. Los techos de la ciudad eran inmersos en un gris uniforme, alternado por manchas de color verde cobre de los edificios más suntuosos; los paseantes parecían fantasmas apenas insinuados de un garabato expresionista. Luces y contraluces proyectaban sombras distorsionadas debajo de las llamitas de unas antiguas lámparas a gas. Creo es esta la mejor entrada en el reino de Kafka que un aspirante a director de teatro puede augurarse”

Llegó clandestino pero con la certeza de que entraba a un país amistosamente socialista. Por eso la sorpresa cuando, el primer día, un burócrata del Comité Central del Partido Comunista checoslovaco le dijo:

—Hay mucha gente dispersa por el mundo que piensa como usted; son aventureros, oportunistas, infiltrados, espías, delincuentes, guevaristas... ¿Me entiende, Casali?

Ana se acuerda cuánto despreciaba su tío a las personas que, después de exponer una idea, preguntaban *¿me entendés?* Decía que eso era tratar al interlocutor de idiota. Lo ideal era preguntar *¿me explico?*

–El lenguaje es fascista, Ana. Y Argentina también.

La primera tarde en Praga, Renzo intenta calmar la angustia de la deportación sentándose en un bar del siglo XV con cerveza negra tirada. Se acomoda contra una ventana que da a la calle y pide una pinta. Quiere pedir maníes, pero no sabe cómo. De pronto escucha una voz hablar en español. Viene de una mesa cercana. Es un grupo. Cuando se levantan, Renzo sigue al más viejo y le cuenta su problema. Éste lo lleva a la Unión Internacional de Estudiantes. Se repite el interrogatorio sobre su condición. ¿Sos un espía? ¿Un provocador? ¿Con quiénes estudiabas filosofía en Argentina? Renzo responde “no” cada vez.

Después nombra a uno de sus compañeros. “Julio Godio”, dice. El nombre del referente del Partido Comunista argentino se convierte en alojamiento, comida y permiso para estudiar teatro.

–Acá escribió que de no ser por Godio ya tenían planeado enviarlo a Siberia –dice ahora Ana levantando la vista del diario personal de Renzo.

–Era muy fantasioso, no le creas todo, Ana –responde su padre.

Una vez, en la casa de Gonnet, Renzo le dijo a Ana que en Praga había conocido al Che. En cambio, en sus papeles escribió que en Praga conoció a Roque Dalton y “la belleza del poeta en un mundo de burócratas”.

Una noche, Dalton lo invitó a cenar a su casa. Cuando sus hijos se durmieron, se sirvió vino búlgaro y se acomodó en uno de los sillones. Hizo un largo silencio, sacó papel y lápiz del bolsillo, escribió y leyó:

*“Yo llegué a la revolución por la vía de la poesía,
tú podrás llegar a la poesía (si lo deseas, si sientes que lo necesitas)
por la vía de la revolución”*

Después se acercó a Renzo y le reveló dónde estaba el Che.

Cuando se estaban despidiendo y la calle empezaba a cubrirse de nieve, le hizo prometer que guardaría el secreto.

–Ni siquiera a tu mejor amigo, Renzo.

–Vos sos mi mejor amigo, Roque.

–Ni siquiera a mí.

Renzo rompió la promesa en Madrid, el 9 de octubre de 1967, hacia el final del verano. Ese día Juan, el compañero que lo hospedaba en su casa y que se burlaba de los insólitos lugares donde los diarios suelen encontrar muerto al Che, le dijo que ahora le tocaba a Bolivia.

–Esta vez es cierto, Juan.

Ana lee una y otra vez el libro buscando que esa anécdota sea verdad. ¿Cómo iba a inventar que un día, en una calle de Praga, alguien le dijo que lo siguiera y lo llevó hasta una habitación donde se encontraba el Che?

–¡Me hacés feliz!

–No empieces, Luis Miguel...

–¡Pero es cierto, Ana!

–Sos un cursi, pero hace rato que yo también soy feliz.

Renzo tiene veinticuatro años y está ante el umbral de la ciudad madre. Atraviesa estrechas callejuelas hasta dar con el Castillo de Praga que son muchos castillos juntos de techos oscuros casitas de colores y torres ante las que él se inclina en señal de reverencia. Su mirada de ilusión carga con la oscuridad de los restos de la Segunda Guerra. Recién ahora Renzo siente que ha dejado de escapar. Hay algo de redención en el gesto: Praga se le entrega y lo abraza como pidiéndole perdón en nombre de toda Europa.

El representante oficial del Partido Comunista argentino en Praga denuncia a Renzo por contrarrevolucionario. Los servicios de Seguridad estatales siguen sus pasos, ven la cantidad de cervezas que bebió.

El que lo culpó de espionaje, propuso:

- el inmediato arresto,
- la expulsión del país,
- prestar servicios comunitarios,
- todo lo anterior.

El único NO que consta en el registro de esa asamblea es el que articula la voz de Roque Dalton, representante del Partido Comunista salvadoreño. El arresto de Renzo se retrasa por esa única negativa.

“Pobres aquellas personas que llegan a un bar sólo porque tienen ganas de beber un café. Es una imagen de soledad irreversible que no pude jamás imaginar sin dolor”

Ana encuentra la cita en uno de los diarios personales de Renzo.

Ana escribe, ahora, en su propio diario: “Probablemente lo escribió mientras esperaba en un café a su amigo Dalton, quizá después de haber caminado por el barrio Josefov de Praga, donde durante el Tercer Reich los nazis quisieron levantar un museo para recordar a la raza extinta. Después, cuando Dalton llegó, quizá caminaron por un viejo cementerio hebreo. Puede que Renzo haya comprendido el color gris.”

“¿Puede que Renzo haya comprendido el color gris?” Nunca voy a ser escritora, piensa Ana mientras tacha la frase.

Roque acaricia la lápida de la tumba de Kafka. Más tarde, Renzo escribió: *“caminar entre las tumbas de un cementerio hebreo crea una emoción particular, un poco por la disposición igual de las piedras, intencionalmente colocadas con decadencia debajo del obrar del tiempo, un poco por aquellas piedruchas apoyadas sobre las lápidas, que los familiares depositan en homenaje al difunto. Es como caminar entre los laberintos de la memoria, pero de una memoria construida con girones de sueños, de sufrimientos, de mártires. Memorias de un pueblo sin casa y sin paisaje propios”*

Roque le dijo a Renzo que tenía una sorpresa para él.

Le propuso entrar en una casa vacía y sin luz, dentro del mismo cementerio.

Renzo pensó que se trataba de una metáfora: la del vacío, la de la trágica presencia de

una ausencia. A Ana le hubiera gustado escribir algo así, pero eso de “la trágica presencia de una ausencia” es de Renzo: está en su diario personal.

En las paredes están los nombres, apellidos, fechas de nacimiento y de muerte de los hebreos del ghetto de Praga condenados al campo de exterminio.

Después de eso, Renzo volvió al café donde Roque lo esperaba. Intentó despedirse pero Roque no se lo permitió, le dijo que esperara, que quería presentarle a alguien. Fueron a una cervecería. O Ana entendió mal y la sorpresa no era esa casa abandonada, o Renzo entendió mal y la sorpresa no era esa casa abandonada. El amigo de Dalton, cuando vio que estaba acompañado, expresó su desconfianza ante el extraño. Roque le dijo que Renzo era confiable. Su amigo insistió con que el tío Sam estaba en todos lados, pero finalmente se presentó con su nombre verdadero: John William Cooke.

A Renzo se le asignó una misión: como era el único que hablaba checo -ninguno de ellos sospechaban que Renzo hablaba pésimamente- debía acompañar a Cooke a comprar zapatos nuevos, porque los que tenía estaban bien para el calor cubano, no para el invierno praguense.

¿Es un chiste?, piensa Ana.

Es un chiste, se convence.

¿Puede ser que Ana haya entendido mal y que su tío en lugar de decirle

Cuando estudié teatro en Praga fui parte de una reunión exclusiva donde estuvo el Che
haya dicho

Cuando estudié teatro en Praga estuve en una reunión exclusiva donde estuvo Cooke
?

Que estuvo tomando una cerveza con Cooke está en su diario personal, está en uno de sus libros.

Que conoció al Che, lo contó algunas veces.

¿Por qué no contó lo de los zapatos de Cooke y escribió sobre el Che?

—Me parece poco creíble que tu tío haya conocido al Che, por más que los dos estuvieran en Praga —dice ahora su novio levantando la vista por sobre las hojas resma—; debe haber sido, más bien, lo que él quería que pasara.

Ana necesitaba la opinión de algún lector, es cierto, pero en este momento se arrepiente de haber elegido a su novio.

—Es como si vos dijeras que conociste a Palo Pandolfo.

—Pero yo sí conocí a Palo Pandolfo —responde Ana.

—¿Cuándo?

—¿Nunca te conté? Salimos un par de veces.

Una mañana en su habitación universitaria de Praga, Renzo se prepara para ir a la clase de antropología teatral. Seguro estaba con Liliana, piensa Ana, pero en su diario personal no la nombra.

Renzo siente un frío seco en sus manos, por eso se acerca a la salamandra de la esquina, junto a la ventana de marcos verdes. Tres compañeros de teatro, dos hombres y una mujer, golpean a su puerta. Le piden hacer las paces.

A Renzo ella le gusta. Tiene labios gruesos y no lo mira directamente a los ojos cuando habla de reconciliación. Él acepta sin hacer preguntas, les ofrece un té que rechazan con amabilidad y se van.

Cuando lo dejan solo, Renzo escribe en su diario:

“La vida está llena de eventos incomprensibles, incongruentes, misteriosos, de cierres o aperturas inexplicables, de escenitas tragicómicas, de grotescos cabeza abajo, de frente, de fulguraciones sobre las calles, de ‘casi’ nacidos por casualidad, y sin causas encadenadas, en los parajes del ser. Muchas veces, en la vida de los seres humanos, las cosas ‘suceden’. Simplemente suceden. Sobre todo cuando no son buscadas”

Bueno, este escrito no es muy original, piensa Ana.

Al año siguiente Renzo viajó en tren a Múnich de Baviera con Julio, uno de esos tres que le habían pedido hacer las paces. Renzo miraba el paisaje por la ventana. Julio le

propuso jugar a las cartas para pasar el tiempo. Mientras repartía, Julio se largó a llorar. Le confesó que aquella mañana en que golpearon a su puerta habían sido enviados por el partido para controlarlo. “Te seguimos día y noche por un año hasta en tus más mínimos movimientos”, le dijo. “Cada semana enviábamos un informe”, le dijo.

Renzo lo mandó al carajo y siguió su viaje solo.

La única vez que Ana viajó en tren fue el 1º de Mayo de 2015, La Plata-Buenos Aires. Su novio llevaba un bombo que golpeaba cada tanto. Cerca de ellos, una mujer los miraba con desprecio: estaba cansada y los golpes, aunque inofensivos, la despertaban. Cuando Ana se dio cuenta le dio un codazo a su novio.

—Esa mujer no es pueblo —dijo él riendo.

Ana lo miró y él guardó el bombo.

Renzo está sentado a orillas del río Moldava, bajo un árbol. Liliana está a su lado, la cabeza apoyada sobre su hombro. A sus espaldas hay edificios de techos rojos y una torre color crema con un reloj en la punta. En lo alto se ve una cúpula verde.

En este momento todavía la ama, pero la aparición lejana de un barco cargado de turistas hace que las aguas se alboroten, algo que Renzo siente como un mal presagio. Quizá por eso, cuando a sus 57 años Renzo viva en Milán y escriba sobre esa tarde, no nombrará a Liliana.

Tampoco le contará a Ana que hasta el instante en que pasó el barco se sentía el hombre más feliz del mundo. Sólo le dirá:

—Ojala que algún día conozcas Praga y no estés sola, como lo estuve yo.

Vladimir Adamek fue un profesor de teatro checo. Era discípulo de Stanislavski. Invitaba a sus alumnos con café negro y daba sus clases en la calle, porque decía que así estimulaba su capacidad de asociación: les pedía que mirasen a los transeúntes y construyeran quiénes eran, cuáles eran sus conflictos, sus emociones, a dónde iban.

También le enseñó que en teatro no hay que jugar a las adivinanzas dramatúrgicas, ni dar definiciones aproximativas, ni dudar.

Nunca dudar.

Tampoco fuera del teatro.

Ana duda en casi todas las cosas. Cuando le pidió un consejo a Renzo sobre qué estudiar él le dijo: lo que sea, menos Periodismo. Ella pensaba estudiar Periodismo. Esa tarde fueron él, el padre de Ana y ella a pasear con el auto al puerto. Renzo pidió que subiera el volumen de la radio. Un locutor decía 'la verdad es que...' Renzo se volvió loco: ¿entonces lo que había dicho antes era mentira? ¿Ves cómo empobrecen el lenguaje?, le dijo.

En el trayecto por la costa vieron un cartel de un político que prometía 'estar trabajando para usted'. Renzo también despreciaba los gerundios, dijo que lo hacían sentir como si hubiera pedido que hicieran algo por él.

Renzo nunca había pedido nada. A nadie.

Cuando volvieron a casa, el papá de Ana prendió la televisión. Sintonizó un canal de noticias. Estaba la pantalla dividida; a la izquierda mostraban el último video clip de Shakira y las fechas de sus próximos recitales. A la derecha mostraban la foto de una nena de cinco años que había desaparecido en un campamento de Mar del Sur. –Esto es terrible –dijo Renzo.

Ana va en colectivo a la facultad en algunas circunstancias específicas, como cuando llega tarde, o cuando se pone botas y a las tres cuerdas sabe que le van a doler los pies, o cuando se quemó la pierna con agua hirviendo.

El resto de las veces camina; su departamento queda a pocas cuerdas de Periodismo. Hoy la alarma no sonó, o lo hizo pero ella la apagó y siguió una hora más, por eso ahora sube al 202 y dice 'a Medicina'. Se imagina a los pasajeros creyendo que ella estudia eso, se imagina a sus padres, porque en el fondo, después de todos estos años, Ana se sigue preguntando si eligió bien.

–Convengamos que la tuya es una carrera poco seria –le dijo un pibe con un vaso de cerveza en la mano, en la barra de Pura Vida, el primer año en que Ana llegó a La Plata. Esa madrugada tocaban unos pibes que se hacían llamar *Latinlovers*.

Piensa cómo hubiera sido si hubiese seguido con Filosofía; quizá el médico se hubiese conmovido más cuando Ana cayó a la guardia con la pierna quemada, hace dos semanas.

El tipo le había preguntado qué estudiaba como para estar tan cansada, como para no poder colar los fideos, o quizá le preguntó sólo “qué estudiás”, por preguntar algo, y el resto lo pensó Ana, que le dijo Periodismo pero que hubiera deseado decir Medicina.

El médico sonrió y le dijo que para cuándo la foto entre tu decana y el intendente. A Ana le ardía mucho la pierna.

El médico le dijo que no se preocupara, que sí, que tenía quemaduras de segundo grado, pero que si se curaba bien no iba a quedar cicatriz. A Ana le ardía mucho la pierna.

“No estudies Medicina, porque vas a terminar como yo”, le había dicho su madre.

“Estudiá Medicina si querés, pero vas a terminar como yo”, agregó en otro tiempo su padre. Además con los ataques de pánico, pensaba Ana.

Ahora Ana dice “a Medicina” y es ahí donde baja y donde retoma, en el trayecto que la separa de su facultad, todos los pensamientos que quedaron colgados en la parada de su casa:

- en que es la segunda vez en el año que va a llegar tarde;
- en que hubo un error en el cobro de sus expensas;
- en que mañana empieza a dejar el celular en un lugar lejos de la cama;
- en rastrear el momento exacto en que empezó a mirar a su novio como potencial ex.

O por qué estar de novia.

Que la primera vez que durmieron juntos él apoyara todo el peso de su cabeza en el hombro de Ana, como si hiciera mucho durmieran juntos, pudo ser la razón.

O que la segunda vez fuera a su casa de todas formas, aunque ella le había dicho que estaba indispuesta y todo era un bajón. Esa noche, él se apareció con un chocolate *Block* grande.

Entonces, ¿por qué ahora la voz de Ana suena como la de Renzo?

—Lo que quiero decir es que podés alejarte o acercarte a mí cuando lo desees.

—¿Y eso qué significa?

–Que me es indiferente que estés.

–Decime qué números significa lo que te voy a contar y anotame todo porque este sueño es para ganar la quiniela entera. Yo me quedaba dormida y el gordo me llamaba. Venía a los palos al almacén y había una mujer morocha y bruja que me empezaba a gritar. Entonces yo sacaba de mi bolso, esperá, tengo gente –dice la quiosquera alejando el tubo y mirando, ahora, a Ana– *¿Algo más?*

–¿Tenés un *Block*? –pregunta Ana recorriendo el quiosco con la mirada. Desde que sintió que las manos le sudaban –otra vez–, que un escalofrío le corría por la espalda –otra vez–, que un elefante se sentaba sobre su cabeza –¿por qué me pasa esto otra vez? – y presintió que:

–se moría,

–se desmayaba y era un papelón,

–se cagaba encima,

Ana no sale de su casa sin un chocolate.

–Te lo debo, che –se disculpa la quiosquera y acerca el tubo a su oído– *Entonces yo sacaba de mi bolso...*

–¿Ya no te gusta el *Block*? –pregunta su novio arrugando el entrecejo. Tiene los cachetes de un muñeco gordo.

–Me encanta.

–Pero no comiste el que te traje ayer...

–Ah, me olvidé.

–¿Lo puedo comer yo? ¿O lo vas a comer?

–Y, pensaba comerlo después...

–Entonces lo como yo.

Ana tiene que pagar el alquiler del departamento. Hasta que se cumplan las dos semanas desde que se quemó la pierna con el agua hirviendo de los fideos, Ana prefiere moverse sobre la ciudad en colectivo. Por eso ahora achica los ojos, para ver si el que viene es el *Este* amarillo que la deja a una cuadra de la inmobiliaria.

Llega casi vacío. Casi, porque en los asientos del medio hay una pareja con un nene de unos siete años a upa. Tiene unos anteojos azules que parecen antiparras. Ana se sienta detrás de ellos y mira su celular. Manda un wasap:

–a su madre, “estoy mejor. Sí, estoy haciendo reposo”;

–a su padre, copia y pega el de la madre.

–a su mejor amigo, “sí, yo también te extraño, pero tesis”

–a su novio, “ya te expliqué, no puedo, tesis”

Afuera del colectivo, el sol ilumina Plaza San Martín, atraviesa el vidrio y pega en los ojos de Ana, que tiene que hacer sombra con su mano izquierda sobre el celular.

En el asiento de adelante, el nene señala al padre y pregunta a la mujer:

–¿Qué es él para vos?

–El hombre al que amo.

–¿Y para vos? –ahora al padre– ¿Qué es mamá?

–Una mujer que me ama.

Antes de que Ana piense demasiado, advierte que la siguiente es la parada donde debe bajar.

Revisando una caja llena de diarios, folletos, revistas y fotografías de Renzo que su abuela guardó, Ana encuentra un recorte de una entrevista que le hicieron para un diario rosarino en 2006. En el centro está él, en blanco y negro, mirando a cámara. Lleva un saco oscuro, el pelo blanco y los ojos muy abiertos. Sonríe, apenas.

Me asusta, piensa Ana, y esquiva los ojos de su tío. Probablemente, aunque Renzo estuviese vivo, esa fotografía le daría una sensación extraña.

El periodista le pregunta si el teatro le resulta imprescindible. Renzo responde algo del sentido de la vida. “Es un arte digno, como el periodismo, como aquellos que buscan el valor de la escritura”, dice.

La nota es anterior a la tarde en que le dijo a Ana que estudiara cualquier cosa, menos Periodismo.

–Pensá, ¿qué es lo que más te gustó de él? –le pregunta su amiga y después hace sonar la bombilla para devolver el mate.

–Que es lindo, que es bueno; el olor de la piel es riquísimo. Como a bebé. Me tranquiliza.

–¿Y ahora qué te gusta?

–Lo mismo pero, no sé... Por ahí tengo la nariz tapada ¿puede ser?

El 25 de julio de 1965 Renzo viajó a Cuba, después de haber trabajado tres meses en una fábrica de una ciudad a veinte kilómetros de Praga. El silencio del Che es preocupante, por eso se espera con ansias que hable en el aniversario de la revolución. Renzo escribió en uno de sus libros:

“Una revolución que hablaba mi lengua, un pueblo que lograba bailar incluso consignas de partido y canciones revolucionarias, un mar del color indescifrable, una permanente primavera”.

Renzo veía las fotos del Che sobre la plaza de Santa Clara y se emocionaba, pero prefería no decírselo a sus compañeros.

Siempre prefirió el silencio.

Como en su último verano en Mar del Plata, cuando no le contó a nadie que la quimio le hacía vomitar todo lo que comía. Ese verano de 2009 volvió a Cuba. La excusa del festival de Teatro le permitió reencontrarse con las calles que había caminado cuarenta años atrás. Y conocer el hospital, porque ahora estaba anémico y le faltaba el aire a cada paso.

Renzo dice que Cuba y él no se encuentran: hay gente tirada en la calle que pide monedas; el hospital público está sucio y lleno de gente. Renzo dice que mira a su alrededor; en la boca tiene un gusto amargo.

Cuando vuelve a Argentina, Ana le pregunta cómo lo pasó en Cuba.

Renzo dice entre dientes algo de un sabor en la boca, a Ana le parece entender “gusto a comunismo derrotado”, pero no pregunta.

A Ana le trae una remera del festival cubano que le queda grande y que, mientras Renzo está vivo, la usa para dormir.

Cuando muere, esa remera queda en el fondo del placard; las polillas, de a poco, la destrozan.

En 1966, Renzo viajó a Madrid.

Una mujer que conoció en un congreso de teatro en Praga le hace contacto con el Director General del Teatro Nacional, que enseguida le ofrece dirigir un espectáculo, *Cuento para la hora de acostarse* de Sean O' Casey.

Renzo elige personajes jóvenes, inexpertos. Él también es joven.

En los recreos de los ensayos, los actores y él van a un bar. Renzo pide siempre un vaso con agua de la canilla y hielo. Cuando pasan los días el grupo advierte la diferencia entre sus tortas y jugos y cafés y el vaso de agua del director.

Una tarde, uno de los actores se acerca y le pregunta cómo logra tal disciplina: no fumar, no comer, no beber.

—No tengo plata. Duermo en el armario de una pensión.

A partir de esa tarde ese alumno se hace cargo de él. Se llama Antonio y, en 1969, será uno de los tres fundadores de Comuna Baires.

Ana encuentra una hoja en la que Renzo describe la experiencia de estar en Madrid. Ya se cansó de leer en italiano, tarda mucho. Le pide a su padre que se la lea. Habla del nerviosismo de los actores antes de salir a escena. Dice que al protagonista le agarró diarrea.

Cuento para la hora de acostarse participó en el Festival Internacional en Madrid. En el público hay críticos que dicen estar ante una genialidad y hay críticos que la detestan. Hay, hacia la mitad de la obra, una escena de desnudo. Ana se imagina a Renzo asomando entre las cortinas y sonriendo al público franquista.

—¿Sabés quién estaba entre el público? —interrumpe ahora la lectura su padre.

—¿El Che? Decime que era el Che...

—Juan Domingo Perón.

—...

—Acá dice que aplaudió de pie y pidió felicitar al director. Qué raro que Renzo nunca me lo contó.

La obra es mencionada por la comisión oficial como

—de altísimo nivel artístico;

—de superlativa dramaturgia;

—de calidad excesiva respecto a la media.

La declaran fuera de concurso, para que el resto de los participantes no se detengan a pensar en la mediocridad de sus creaciones, para que el público no se detenga a pensar.

Sobre la página del medio, en el pasaporte de Renzo, el sello es definitivo: *Prohibido trabajar en España.*

—No te digo que te metas tanto como yo, pero un intelectual que no se compromete con su tiempo...

—¿Ooooootra vez con Walsh? —lo interrumpe Ana— ¡Es la única frase que sabes!

—Es que es así.

Para Ana, en algún momento de su vida, Renzo fue un hombre extraño de rasgos similares a los de su padre.

Se veían cada cinco años, cuando él decidía viajar desde Milán a Argentina para presentar alguna de sus obras. Se acordaba de él cada vez que un paciente de su padre dejaba el olor a pipa en el ascensor del edificio donde atendía, donde Ana pasaba algunas tardes después del colegio.

Un día de 2006, Renzo se chocó el borde de la escalera de la casa de Ana. Ella, sentada en el sillón, fue la única que lo vio. Renzo no se dio vuelta, tan sólo amagó a tocarse la cabeza, a llevar su mano hacia arriba, pero en cambio siguió su camino hacia la cocina.

Algo de eso le hizo pensar a Ana que Renzo estaba un poco solo en el mundo. Ella también, como todos.

Sólo que Renzo, encima, lo sabía.

El 20 de agosto de 1968, Renzo vuelve a Argentina con el título de dramaturgo en su valija. Esa noche –y esto es algo que Ana no inventa– sobre las calles en donde había estado soñando la revolución del teatro, Praga es invadida por 2300 tanques provenientes de Alemania Oriental, Polonia, Hungría, Bulgaria y la Unión Soviética. Las tropas del Pacto de Varsovia hacen su primera ocupación en el aeropuerto internacional de Ruzyne que Renzo acaba de dejar.

En la vereda, en la puerta de una farmacia, una mujer rubia de pelo corto mira a las enormes máquinas transitar su ciudad. Más allá, una multitud empieza a correr porque son muchos los tanques y más los hombres en su interior.

El ejército no tiene orden de resistir pero el pueblo sí, aún si sobre el empedrado de las calles praguenses empiezan a brotar muertos/prisioneros/columnas de humo.

Una rubia se lleva a la cara un pañuelo blanco y cierra los ojos para que las lágrimas caigan más rápido; comienza a marchar con sus compañeros de facultad. En ese momento, mientras Liliana duerme en el asiento de al lado, Renzo mira el azul del océano Atlántico. Se sobresalta como si escuchara el estruendo de los tanques, pero no, porque no tiene ni idea de eso.

Un hombre, de pie sobre el monumento de Plaza Wenceslao, agita con fuerza la bandera checa. En ese momento Renzo está pisando el suelo argentino. El padre de Ana lo ve bajar del avión y corre a abrazarlo. Y a contarle de lo que acaba de escuchar en la radio: entraron los tanques a Praga.

–No digo que vengas al barrio el sábado, pero por lo menos acompañame al plenario mañana –el novio de Ana sonríe.

–Ya te dije que no puedo.

–Un ratito nomás...

–No, tengo cosas que hacer.

La noche antes de volver a Argentina, mientras esperaba el alba para retirar su diploma de la Universidad Carolingia de Teatro, Renzo caminó por el empedrado del puente Carlos imaginando el paso de los carruajes.

Había, hacia la mitad, tres músicos con una guitarra criolla, un saxofón y un contrabajo. Renzo buscó en sus bolsillos pero no encontró monedas. En compensación, les hizo una reverencia.

Cuando estaba llegando al extremo del puente, escuchó un susurro. Miró hacia un costado: Liliana se había quedado en la mitad del puente, escuchando la música. El susurro se repitió: fue, más bien, una reverberación.

Renzo se acercó a la estatua que tenía más cerca. En su base, una placa decía *Juan Nepomuceno*. El susurro se esclareció. *Pedime un deseo*, piensa Ana que dijo la estatua. Renzo no quiso aceptarlo pero seguía sin saber hablar ni entender muy bien el checo; por eso nunca supo lo que la estatua le susurró.

Liliana tiene razón, piensa Ana.

Pero a ella las estatuas no le susurraron nada.

—Pará, ¿te estas viendo con Palo Pandolfo? —pregunta el novio de Ana— ¿Por eso me pedís un tiempo?

—No, bobo, eso era un chiste.

—¿Con quién, entonces?

—Con nadie.

—¿Por qué no me querés más?

—...

—¡Ei!

—Sí que te quiero.

A los dos meses de haber llegado de Praga, se van a vivir a una casa alquilada en San Telmo. Un día Liliana le pide que vaya a hacer las compras para el almuerzo. Renzo

interrumpe su escritura de dos horas seguidas, no recuerda haber transpirado tanto como esta vez.

Camina por el empedrado de la calle Defensa y un viento fresco le escupe la cara. Por la noche le duele la garganta. Tiene fiebre. Se acuesta y sueña que se quema a lo bonzo y corre con desesperación alrededor de Plaza Dorrego.

VIII. Ana pensó que era un pensamiento terrible

Fue el último viaje que Renzo y Tati, uno de sus últimos discípulos, hicieron juntos. Volvían a La Plata después de estar en 9 de Julio, donde lo habían declarado ciudadano ilustre. Ninguno de los dos dormía. La luna llena entraba por la ventanilla contra la que Renzo apoyaba su redonda nariz.

Sin dejar de mirar la luna, preguntó:

–Tati, ¿nunca pensaste en suicidarte?

Tati se rió. Renzo se dio vuelta, le clavó los ojos hasta lastimarlo:

–Te estoy preguntando de verdad.

–No, Renzo, ¿por qué?

–Esto es inhumano, Tati.

Cuando Ana se mudó a La Plata, hace cinco años, le escribió para hacer teatro con él, pero nunca empezó. Ana lo había conocido en 2008 cuando hicieron con su tío *L.i.d.l.e*, *La importancia de llamarse Ernesto*, una obra sobre el Che Guevara con la que recorrieron la Argentina y con la que Renzo terminó de convencerse de que el teatro en el país era inhumano, triste, imposible.

Ana se acuerda de estar en primera fila y de Tati que, desde el escenario, ofrecía una cajita con fotografías en blanco y negro donde aparecía el Che Guevara, fotos que el público debía hacer circular. La obra la habían escrito juntos en 2005, cuando Renzo lo invitó a Milán para dar un seminario.

–No tengo plata.

–Yo te pago el pasaje. –Renzo cerraba así siempre las discusiones.

Tati tiene el pelo gris y un rostro profundamente expresivo. Las arrugas en la frente nacieron en el escenario, por exagerar todo. Sus ojos negros parecen delineados; lleva puestas dos argollas en una oreja. Tati es más joven cuando habla de teatro -y es de lo único que habla-, pero más aún cuando recuerda esa época.

Lo primero que hizo cuando llegó a Milán fue darle su obra a Renzo y dejar que la leyera. Después se fue a recorrer la ciudad. Cuando volvió, Renzo estaba en la misma posición: sentado en el patiecito que tenía la Comuna Baires, en Vía Parenzo número 7.

Atardecía. Tati se sentó cerca, esperando una devolución. Renzo permaneció en silencio.

Por la noche, cuando salieron a cenar, Renzo le dijo que estaba mal escrita, pero que la idea era maravillosa.

–Te voy a dirigir.
–¿Cuándo?
–Empecemos ahora.
–Pero en diez días me vuelvo a Argentina.
–No te vas. Llamá a tu mujer y decile que te quedás.

Fueron dos meses de ensayo. Cuando terminaron, Renzo propuso armar una tournée por Argentina. Pensaba hacer una muestra abierta en la que pudiera participar el público después de ver la obra.

–Pero Renzo, no tengo guita ni para pagarte ni para...

–¿Yo te pedí un peso?

Hicieron diez salidas en Buenos Aires. Cuando volvieron, Renzo lo invitó a armar las valijas e irse a vivir a Italia. Una vez ahí, armar otras valijas e irse a vivir a Praga.

“–El teatro es lo que haces vos, Tati: salir con una mochila llena de ilusiones.

–¿Y por qué Praga?

–Porque Praga es el único lugar del mundo donde hay paz y libertad para un artista.

–¿Y qué vamos a hacer?

–Vamos a inventar sueños.”

Tati se seca los ojos con una servilleta.

Lo de inventar sueños es un poco cursi, piensa Ana, pero a Tati no se lo dice.

“¿Por qué quería tanto a Praga?” se pregunta Ana mientras revisa una y otra vez las hojas sueltas dentro del diario personal de su tío.

Una cita en cursiva de una letra inentendible casi le responde:

“En esos años, Praga era una de las capitales mundiales del teatro. El arte es una metáfora del ‘no’. ¿Quién mejor que los checoslovacos, fuertes de una historia de un pueblo invadido y dominado durante siglos, podía habitarla?”

A Tati lo echaron de la escuela municipal de teatro por hacer a Brecht en dictadura. Un compañero de trabajo le regaló una revista: *Comuna 70*. Ahí leyó a Renzo. Ahora le dice a Ana que mientras leía sus palabras pensaba “este tipo es luz en un sendero de sombra”. Vos también sos bastante cursi, piensa Ana, pero esto tampoco se lo dice.

Dice que en septiembre de 1983 él fue el primero en dirigir una obra de Renzo. Dice que fue un éxito, que fueron las madres de Plaza de Mayo, que esa noche estuvo Hebe.

Después, las casualidades de las que Tati descrea: a la obra la vieron 300 personas en la Casa de Italia, porque justo estaba el Encuentro Platense de Teatro; justo la vio Carlos Pacheco, del diario platense *El Día*, que justo hizo una crítica favorable, y justo agregó a la nota un prólogo donde explicaba quién era Renzo Casali, a quien nombró “uno de los tres iracundos de la dramaturgia argentina”.

Justo, esa crítica, fue leída por Mercedes, la tía de Ana, quien la recortó y la envió por correo a Milán. Por eso Renzo quiso conocer al que, en Argentina, estaba haciendo una de sus obras.

Una mañana sonó el teléfono en la oficina de PAMI y la voz de una mujer dijo que hablaba de parte de Casali, que les había pedido que conocieran al enfermo que había hecho una obra suya.

Tati viajó esa misma tarde a Cañuelas, una de las sedes de la Comuna Baires en el país, donde se encontró con Rosi, la mujer del teléfono, Dora y Teresa.

Tres mujeres en el medio del campo, en unas casuchas sin luz, sin cloacas, con velas. Y lo conoció.

Tati dice que estaba ante Dios, un dios displicente que le reprochaba su falta de imaginación, que le enrostraba adorar a otro teórico de la antropología, Eugenio Barba, al que Renzo odiaba. “Tati, vos tenés que entenderlo, Renzo está veinte pasos adelante”, lo consolaba Rosi.

—En los setentas Europa estaba dividida entre los dos popes de la antropología teatral —asegura Tati—: Renzo con la Comuna Baires y Eugenio Barba con el Odin.

Qué exagerado, piensa Ana.

En el 84 Renzo emprendió la búsqueda de un teatro porteño y Tati lo acompañó. Alquiló uno por veinte mil dólares mensuales. Tati le advirtió que era un delirio, que lo estaban estafando, que el país no era ni la sombra de lo que era cuando Renzo tuvo que irse.

—Sos un derrotista, Tati.

Renzo conoce a una persona. Imaginemos, para darle entidad, que es un hombre de su misma edad o un poco más joven. Hace teatro. Lee los mismos libros que él. Confía en los mismos criterios estéticos, descree de lo que Renzo descree.

Renzo coloca a su nuevo amigo en un pedestal. Cree que es un genio. Tienen una amistad de meses en los que se juntan a beber café; Renzo, cada vez, le convida uno de sus habanos cubanos, aunque le queden pocos y no pueda comprarse otros por mucho tiempo. Renzo le ofrece su casa si anda en apuros con su alquiler. Lo incluye en su círculo de amistades. Le habla maravillas de él a los demás, a sus compañeros de la Comuna, a su familia. Lo invita a visitar Argentina con él y su esposa. Lo lleva a la casa de su hermano.

El hombre lo decepciona. Es un gesto mínimo, un descuido. Quizá Renzo le pidió un favor y el hombre, después de ayudarlo, le dijo riendo:

—Ahora me debes una.

Esas palabras hicieron que el velo, que hasta entonces cubría delicadamente los ojos de Renzo, cayera hasta sus pies. Renzo no lo ve más como antes. Siente la certeza que ya ha tenido con otras personas: los humanos no son perfectos.

El desencanto duele unos días hasta el siguiente hombre o la siguiente mujer. En él o en ella depositará Renzo toda su fe en la humanidad.

Renzo decide dar seminarios gratis. Renzo planea construir la Universidad de la Tierra en Cañuelas. A los pocos días el cupo se llena. Al cuarto mes Renzo propone —Ana imagina que más bien impone— pedir una colaboración para la luz del teatro. Un austral. Tati le advierte que si lo hace no quedará ningún alumno.

—Los grupos se desarman con tipos como vos —le responde Renzo.

En agosto del 99 las cosas no van bien. Irina, la hija de Renzo, piensa que es mala suerte. No le dicen al resto de la Comuna que intuyen el por qué: es un secreto compartido por ellos dos. Se lo adjudican a las lechuzas: un colgante de madera con dos figuras de ojos enormes y negros. Lo agarran, se suben al auto, recorren kilómetros.

—Acá —señala Irina.

Renzo apaga el motor, baja, ubica el árbol, la rama más alta. Lo cuelga. Lejos de Comuna Baires; desde lejos, las lechuzas los miran desaparecer.

Renzo viaja cada tanto a supervisar el grupo comunitario en Cañuelas. Un domingo, mientras almuerzan todos juntos, Renzo discute con su madre, la abuela de Ana. Ítala, de la nada, interrumpe el murmullo de la mesa.

—Un día te van a matar, Renzo.

—¿Por qué?

—Porque inventas cosas raras y tenés una mezcla de católicos, de gente de la iglesia, del PC...

—Yo no voy a echar a nadie.

Ana escucha a su abuela y se queda pensando en “yo no voy a echar a nadie”. De pronto se acuerda de una mañana en un café, cuando escuchó a Renzo contarle a su padre que nunca en su vida había buscado ni tampoco echado a ninguna mujer de su lado: eran ellas las que habían decidido acercarse o alejarse cuando lo deseaban.

En ese momento Ana creyó que era un pensamiento terrible.

Tati envía a Milán una carta por mes. Le cuenta de sus proyectos, le habla de sus visitas a Cañuelas. Renzo responde a los tres meses con un fax que dice: “Hola loco, ¿bien?”.

Cuando volvió a Argentina, Renzo se encontró con su director del colegio industrial. El hombre estaba muy viejo y apenas se le veían los ojos detrás del aumento de sus lentes, pero se acordaba de Renzo, ese chico que se tragaba las lágrimas cuando sus compañeros de primaria se burlaban de él por hablar en italiano, al que le había regalado un libro de Mark Twain para consolarlo.

Le ofreció hacer una obra suya. Dos años antes se la había ofrecido a Tati, pero él la había rechazado.

—La leí y era un bodrio, entonces le inventé que me iba de viaje. Ese mismo bodrio se lo dio a Renzo, que sabía transformar un vaso de agua en el cáliz sagrado —le dice ahora Tati a Ana.

La vieron 1900 personas en una noche, en el Coliseo Podestá de La Plata. Ana se imagina a 1900 personas viendo sobre el escenario a una japonesa que toca el piano y a su tío que recita unas palabras desde un atril.

Con esa obra recorrieron el país y, en uno de los viajes, en una ruta pampeana, el piano de la japonesa descarriló. La Comuna se lo vendió a la madre de Ana que le enseñó a tocar *Para Elisa*. Y que la mandó al conservatorio. Y que no se enojó cuando Ana le dijo que odiaba el piano. Que quería aprender guitarra. Que sólo quería acostarse con músicos.

Ana se acuerda que ese año Renzo trajo con él a sus hijas. Su perra Heisi había parido ocho cachorritos y lo único que hacían en todo el día era mirarlos y servirles leche en compoteras de metal.

Cuando llegaba la noche ponían un colchón en el suelo, se subían a la cucheta donde dormía el hermano de Ana y saltaban desde ahí. Ana se acuerda de la sensación de riesgo: si su madre las veía las mataba, pero al mismo tiempo recuerda a su madre abriendo la puerta y pidiendo que no se durmiesen muy tarde.

Cuando su tío y las primas de Ana volvieron a Italia, a ella le quedaron los cachorritos. Ana iba hasta el pozo que había cavado la perra, agarraba uno al azar, le abría la boca presionando con suavidad con el índice y el pulgar y acercaba su nariz; le gustaba el olor del aliento.

En agosto de ese año

(1994)

–Estudiantes de La Plata se fue al descenso

–Internaron al padre de Renzo

–Unos días después murió en el hospital de Gonnet, a una cuadra de su casa.

El padre de Ana llamó a su hermano para avisarle que Casalino estaba grave

–No tiene sentido que viaje –se escuchó la voz de Renzo a través del tubo.

En 1994 Ana se enamoró por primera vez. Una tarde llevó a Guido, un compañero de la guardería, a jugar a su casa. Recién cuando él se fue Ana agarró el chupete que había escondido en su campera; le daba vergüenza que Guido la viera así.

–Renzo fue un quiebre de lectura teatral, ideológica y profesional en la Argentina desde los sesenta. Tu generación no alcanza a dimensionarlo –le dice ahora Tati a Ana.

–¿Por qué te preguntó si habías pensado en suicidarte?

–Porque creía que el teatro en Argentina no existía.

Villa Ventana es una aldea ubicada entre Bahía Blanca y Sierra de la Ventana. Fue uno de los destinos de la gira argentina. Después de la obra, Renzo se quedó hablando con el público, hasta que permaneció en silencio, encendió un habano y comenzó a recorrer el lugar con su mirada. Preguntó por qué no había allí un teatro. Todos se quedaron callados, hasta que alguien dijo:

–Pero si esto es un teatro.

–No, esto es una biblioteca –respondió y después exhaló el humo de su pipa.

–Pero es nuestro teatro.

–No, es una biblioteca que ustedes mal utilizan para hacer teatro.

–Es lo que tenemos.

–Está bien, se ve que les interesa más la literatura usada. ¿Por qué no ponen el mismo empeño para hacer una sala de teatro? Porque les importa un carajo.

A los tres días, de la nada, le preguntó a Tati:

–Estuve un poco duro, ¿no?

–Tati, ¿conoció al Che? –Ana pregunta casi en un susurro, como si temiera que alguna de las mujeres viejas del bar del Pasaje Dardo Rocha pudiese descubrir que su tío mintió.

–Renzo era un tipo histriónico; si te decía que había besado al Che, vos se lo creías.

IX. Ana revisa manuscritos una y otra vez

Ana se encuentra con Viviana. Dice que cuando conoció a Renzo, ella tenía treinta años, era actriz y peluquera. Formaba parte de un grupo de teatristas independientes.

Un día de 1995, alguien le dijo que la Comuna Baires llegaba a Mar del Plata y que había que ir a verlos.

Ninguno en el grupo tenía plata para pagar las entradas; tampoco sabían qué era la Comuna. Viviana se animó a entrar al teatro Auditorium, buscar al director y contarle. Renzo, de pocas palabras, los dejó pasar.

La obra, *Giochi di massa*, fue lo más revolucionario que vieron hasta entonces, por eso, cuando terminó, fueron a los camarines para agradecer. En ese momento una mujer se acercó a Renzo y le dijo que el próximo destino, Córdoba, debía postergarse por un estallido social. Todos los teatros estaban cerrados.

Viviana se ofreció para alojarlos en su peluquería, que era también su casa, espacio al que se mudó después de que muriera su compañero, director de teatro y padre de sus tres hijos.

Cada integrante del grupo se llevó a alguien. A ella le tocó una brasilera, un italiano y una japonesa.

La primera noche, mientras todos dormían, Viviana en el borde de la cama se preguntó si se estaba volviendo loca, o qué era esto de meter a tres extranjeros sólo por Renzo, al que acaba de conocer. Que podía ser crucial, sí, pero todavía no lo era.

Al más chico del grupo, que hacía poco se había mudado solo, le tocó llevarse a un italiano, un canoso de piel oscura que cada día compraba una botella de whisky y la bebía hasta entrada la madrugada.

Renzo dormía en la casa de su hermano. Una tarde, Ana salió a comprar comida y cuando volvió su tío había cambiado todos los muebles de lugar. Sonreía y gesticulaba exageradamente. Llevaba el pelo teñido de rojo. Ana tenía cinco años y veía a Renzo con sobretodo negro, bajo luces anaranjadas, como si estuviera en escena y no en el comedor de la casa. Como si ella y su familia también formaran parte de una obra suya.

Renzo enamoró a todo el grupo de teatro: su discurso altamente revolucionario, la autogestión, el humanismo. Sus formas: tenía artillería existencialista para todos los oídos. Hablaban de él cuando no estaba; lo miraban con adoración cuando estaba, lo admiraban como la mujer primitiva debió haber admirado el primer mundo.

La Comuna siguió la gira hacia el sur. El efecto Casali permaneció. Cuando volvió a Milán, lo primero que hizo Renzo fue mandarle a Viviana una caja con libros que nunca llegó, por eso ella empezó a peregrinar por librerías viejas en una búsqueda desesperada de cualquier escrito suyo.

Dio con una revista: *Teatro 70*. Renzo escribía allí casi todo el contenido pero firmaba con seudónimos para dar la ilusión de multiplicidad de plumas. De esto Viviana se enteró más tarde, y lo adoró aún más.

Casi dos años después llegó un fax a la telefónica que estaba a la vuelta de la peluquería. Un fax escrito en italiano. El dueño dedujo que era para ellos.

Era una invitación: *Refundación de la Comuna en Villaldea, sede en Cañuela (punto) Renzo Casali dará un seminario intensivo (punto) Los esperamos (punto)*

Con ese papel en la mano como única guía, Viviana y su grupo viajaron hacia allá. Fueron quince días duros: por la mañana entrenamiento, al mediodía juntar leña para el almuerzo, por la tarde clases de teoría teatral y a la noche sentarse alrededor del fuego y de Renzo, que eran la misma cosa.

El entrenamiento físico era extenuante. Hacia el final la mayoría no podía caminar por el dolor muscular. Un día, uno de los integrantes no asistió al ejercicio matinal. Apareció al mediodía, cuando todos estaban juntando la leña para preparar la comida.

—¿Por qué no viniste? —le preguntó Renzo.

—No me pintó, la verdad.

—Pintar es un verbo idiota.

El hombre se levantó y se fue.

Facebook le avisa a Ana que hace un año pasaba esto:

—tres fotos donde está abrazada a su novio, después de haberse colado en la República de los Niños;

—una foto del cumpleaños de él, que se puso dos cucharas sobre los ojos y Ana ríe y que en ese momento no, porque ahí hace dos meses que salen, pero después de un año Ana pensará con fastidio que siempre hace la misma gracia;

—una en Plaza Moreno, ella hace la ve mirando a cámara. Él le está diciendo al oído que era hora que algunos compañeros marcharan. De lejos se ve una bandera con la boina de Julio López.

Una noche Renzo propuso fundar algo que llamó la *Confederación de los Fuegos en la Tierra*, con una sede en cada punto del planeta, con un actor que fuera girando por cada lugar. No dijo “por cada lugar”, dijo “interestelarmente”.

Yo quiero ser parte, dijo Viviana. Vos no podés participar porque no tenés espacio propio, respondió Renzo. Viviana se levantó llorando: no esperaba una contestación tan rápida, tan definitiva. Renzo no se levantó de su asiento, siguió hablando del proyecto.

El grupo volvió a Mar del Plata con ese único objetivo.

Empezaron a vender bonos contribución casa por casa. No alcanzaba. Llegaron los cheques y las deudas, pero consiguieron alquilar.

Ella le envió un mail:

Hice cualquier cosa, pero conseguimos alquilar un local. Es una locura.

Renzo le respondió:

No es una locura, es un milagro de salud mental.

Ana sabe que la locura solía ser el mito de referencia de su tío.

En febrero de 1998 Viviana y su grupo no podían pagar el alquiler. Los vecinos los denunciaron por ruido molesto. No tenían habilitación y la municipalidad clausuró el local.

Viviana se encadenó. El grupo de teatro envió un fax a Renzo y éste les respondió con un abogado que acusó a la municipalidad de tener secuestradas las pinturas que colgaban de las paredes. La clausura se levantó un día antes de que el recurso de amparo saliera a su favor.

En julio compraron una casa y crearon allí, por fin, un centro cultural. Desde ese día y para siempre el *Séptimo Fuego* fue parte de la *Confederación de los Fuegos en la*

Tierra. Dicen que hubo diez en todo el mundo. La mayoría se apagó con el tiempo, con los roces de sus humanos.

El día que a Viviana le entregaron la llave del lugar, Renzo tocó el timbre: recién llegaba a Argentina. Fueron juntos a verlo: una casa antigua en la que estaba todo por hacer. Renzo decidió dónde debía estar la sala, dónde los camarines. Les dijo que debían hacer un palco. En lo primero le hicieron caso.

En 2005 Renzo dio un seminario en esa sala y dos años después actuó con *Amapola*. Una de esas noches, después del ensayo y horas antes de salir a escena, Renzo se encerró en el camarín. Atardecía y desde el pasillo, que está al aire libre, podía verse que la sala brillaba por una única luz encendida. En unas horas escribió *Esperando a Margot*. Será lo primero en que piense Viviana cuando le digan que Renzo murió. Hacer esa obra.

El último año que Renzo vino a Argentina, Viviana ya sabía. Lo invitó a dar una charla. Ana y su padre lo llevaron hasta el teatro en auto. En el trayecto tuvieron que parar una vez para que Renzo vomitara. Ana, desde que su tío estaba en Mar del Plata, nunca lo había visto vomitar, ni sus manos temblorosas ni su cara tan pálida. Cuando Renzo bajó del auto y quedaron a solas, Ana le preguntó a su padre por la gravedad.

—Bajá, acompañalo a la sala —respondió con la mirada hacia abajo.

Viviana lo presentó y todos aplaudieron.

—Todos mienten, salvo cuando actúan —insistió.

Cuando terminó de exponer, salió a la vereda. Adentro de la sala lo asfixiaba el calor, pero había resistido la charla de casi una hora. Sacó un habano que mantuvo apagado entre los dedos.

Alguien se ofreció a sacarles una fotografía. El sol les pegaba en los ojos. Viviana y Renzo se despidieron hasta la próxima vez.

Pero como sabiendo.

Renzo le dice a Ana que, cuando se hace teatro, actuar no es lo más importante. Antes que lucirse está el hecho teatral, movilizar al espectador a ser una mejor persona.

Una de las noches en que Renzo hizo su obra *Amapola*, Ana fue a verlo. Había poca gente en el público: una pareja de ancianos, tres chicas de calzas y un hombre. Y el iluminador. Ya en casa, después de comer, Ana le preguntó si le molestaba actuar para unos pocos.

—El actor actúa para sí mismo, Ana.

Ahora, Ana revisa los manuscritos de su tío una y otra vez. Encuentra que en 1973, de gira por Europa con *Water Closet*, en París, a cinco minutos de salir a escena, como la sala estaba vacía, la Comuna decidió abandonar el lugar. El director del festival los interceptó en el camino y les pidió que volvieran, que el público estaba entrando. Actuaron.

X. Ana levanta el pie y aplasta una lagartija

Myrna es colombiana. Su padre era embajador, por eso viajó por el mundo y tuvo amigos que olvidaba a la siguiente ciudad. Un día decidió que Milán era un buen lugar para vivir. Ahí, en un seminario de escritura, lo conoció.

Renzo acababa de separarse de la mujer que llegó después de Dagmar.

Como lo veía triste, Myrna le escribió una carta para animarlo.

A la semana escribió otra pidiendo ser parte de la Comuna Baires y ayudar a darle visibilidad. Ahora que pasaron los seis meses del seminario y Renzo ya no es su profesor, salen. Clandestinamente, claro, porque Renzo no quiere más conflictos en la Comuna.

Después ella se muda frente al departamento de Renzo. Son dos buhardillas que se encuentran en una misma cocina. Renzo está convencido de que esa es la única forma para que dure.

Ana también.

Tras su muerte, Comuna Baires se disgrega.

Ahora lleva otro nombre.

Su casa también: se alquila a extranjeros que hacen turismo en Milán.

Renzo fue un teórico que hablaba de habitar espacios teatrales. Su hogar, aunque habitado por extranjeros eventuales que ríen, contiene una ausencia.

—¿Cómo que ahora sos hincha del Inter? —pregunta el padre de Ana cuando ve que le regala un pin a rayas azules y negras que dice *lo sono interista*.

—Vos también lo serías si conocieras a Moratti, es un hombre maravilloso.

Ya se enamoró de alguien nuevo, piensa el padre de Ana, pero a Renzo no se lo dice.

Moratti, el presidente del Inter, crea junto con Renzo el proyecto “Pianeta C”, planeta calcio.

Piensan lo siguiente: si el 90% de los jugadores del Inter son extranjeros, lo que hay que hacer es traer sus culturas hasta Europa.

—Se contacta a un jugador;

–Se contacta a un escritor del país del jugador (“por el pasaje no se preocupe, invita Moratti”)

–Se juntan los dos a conversar de noche, mediados por Renzo, entre comida, música y bebida de su tierra, público presente y periodistas.

Se hacen cuatro encuentros por año.

Es la primera vez que la Comuna de Milán no tiene problemas de alquiler.

En Calabria Renzo presenta a Myrna. Sólo dice cómo se llama. No la abraza en público ni la besa; a veces le habla, pero con la voz fría. Un día, mientras caminan por la arena, Renzo le pasa el brazo sobre sus hombros. En la playa no hay nadie, salvo Ana que tiene ocho años y se dedica a espiarlos.

En esas vacaciones de fines de los noventa y del uno a uno, en Calabria, el hermano de Ana desaparece. Todos –los padres de Ana, su tío, sus primas, su nueva mujer– están en el patio común del complejo de departamentos. Son antiguos y tienen las paredes amarillas y descascaradas por la cercanía con el mar. El dueño es un viejo que está en silla de ruedas; tiene pelo blanco a los costados y anteojos grandes y fuma todo el tiempo. Su mujer lo abandonó o anda por ahí pero no lo quiere más, por eso está todo el día con la familia de Ana. A Renzo le cae bien.

En el patio todos discuten sobre qué comer a la noche, aunque el padre de Ana siempre termina haciendo fideos con tuco. Ana juega a perseguir una lagartija.

–Pisala –le dice Renzo–, pisala por la mitad.

Ana levanta el pie, calcula unos segundos y la aplasta con fuerza. La lagartija sale corriendo. Cuando lo levanta la cola sigue ahí, retorciéndose. Quiere mostrárselo a su hermano. Lo llama sin dejar de mirar para abajo. Levanta la vista y vuelve a llamarlo.

Entra al departamento, sube, mira en las dos habitaciones. Vuelve al patio. Sus padres no saben, su tío no la escucha y a su prima no le pregunta porque le da vergüenza hablar en italiano.

Ana da la vuelta a la manzana por el complejo de departamentos. Algunos tienen las persianas bajas. La mayoría de las personas que alquilan hacen lo mismo que su familia: juntarse a charlar en el patio. Hay un hombre, a dos departamentos de distancia, que está todo el día sentado mirando los movimientos de la familia de Ana. Y

escribe. Ana le pregunta a su tío quién es; “un filósofo”, dice. Renzo le levanta la mano y lo saluda pero el hombre no responde; sólo lo mira a los ojos. El padre de Ana dice que le recuerda a alguien pero no sabe a quién. La madre le repite que no se acerque. Cuando Ana termina de dar la vuelta, el hombre sigue sentado, mirando hacia donde está Renzo. Ana lo saluda; él sonríe.

Agarra una bici que encuentra tirada y sale a buscar a su hermano. Cerca de los departamentos hay una palmar. Ana se mete hasta la mitad, lo llama y vuelve sobre sus pasos.

En el camino se encuentra con sus vecinos. Dos mellizos gordos un poco más chicos que ella. Tienen un hermano de la edad de Ana que es aburrido. Ana les devuelve la bici y se disculpa por no haberles pedido permiso. Es que estoy preocupada por mi hermano, les dice. Los mellizos no entienden, pero se ríen.

Cuando vuelve, su familia ya no está en el patio. El hombre raro tampoco está. Ana entra y abraza a su padre, que está preparando la salsa especial para los fideos. Le pide a Ana que busque una ramita de laurel. Ella empieza a llorar. De la escalera baja su hermano. Su prima lo abraza. Ana le pregunta dónde estaba.

—Me fui a dormir una siesta —responde agarrando un pedazo de pan de la mesa.

—¿Dónde?

—Entre las palmeras. Encontré una zarpada hamaca paraguaya.

A Giovanni le cuesta aprenderse el monólogo de la obra que están ensayando y que pretenden estrenar a mediados de 2007. Renzo lo dirige una y otra vez hasta que se cansa y se va; Giovanni queda sólo, sobre el escenario, repitiendo las palabras.

Al día siguiente Renzo vuelve, hartó. Se para sobre el escenario, bajo un reflector apagado, y empieza a citar el monólogo completo. Es perfecto. Termina y se va.

Giovanni lo sigue por el pasillo del teatro y le explica que hace lo que puede, que por más que intenta imitarlo todo el tiempo...

—¡No me imites! —grita Renzo — Pero aprendé el monólogo como yo.

Los compañeros de agrupación de su novio la invitan a hablar en asamblea. Ana hace como que le da vergüenza pero cuando empieza no para. Dice algo de estar atentos sobre las formas de hablar, dice que ahí hay violencia. Nosotras tenemos que tener una estricta vigilancia epistemológica de nuestros discursos, dice. Su novio, detrás, se ríe.

—Sos una ñoña, ¿cómo vas a decir vigilancia epistemológica en una asamblea? —dice él mientras vuelven a casa.

—¿Por qué nunca estás orgulloso de mí?

—Lo estoy, fuiste la que mejor hablé, pero...

—Ya sé, ya sé... “Vigilancia epistemológica” no daba.

El intendente de Milán le da la llave de un teatro. Renzo lo habita con la Comuna. Ensayan dos obras que él escribió y dirige. Todos están entusiasmados, también Renzo: reencontró la voluntad de participar en un proyecto colectivo después de pensar que nadie estaba a la altura. Trabajan 12hs por día. Una mañana suena el timbre. Es alguien que no frecuenta el teatro, de lo contrario, sabría que la puerta está abierta. Es el intendente. Le pide a Renzo que ceda el espacio del sábado por la noche para un espectáculo de humor. “Algunas vedettes y un cómico que hace chistes de mal gusto pero a la gente le gusta, ya sabe”, le dice. Renzo se niega. El intendente le recuerda que tiene esa sala gracias a él. Renzo revisa su bolsillo, saca la llave y se la devuelve.

—¿Sabes si el tío conoció al Che?

—Sí, en Praga estuvo a metros de él —dice la voz de Myrna, su última mujer, por skype.

—...

—Yo le creo, Ana.

XI. Metástasis

A principios del 2000 Argentina se cae y Renzo, en Milán, orina sangre. Cáncer de vejiga. Hay quimio, hay controles pero hay cura.

Pasan nueve años. En Milán la Comuna ofrece clases de tango y empanadas salteñas para pagar el alquiler del teatro. Entre los que bailan hay una médica. Renzo escupe sangre. La médica le recomienda hacerse estudios.

Puede que no sea cáncer. Puede que no.

Hasta entonces, Ana imaginaba al cuerpo como un río de aguas claras en las que nadaban peces de colores, entre piedras azules, sobre las que se posaban las patitas todos los pájaros de pecho rojo.

Ahora, el cuerpo es más bien una ruta con baches por donde circula un camión de basura que, por un mecanismo que escapa a quien conduce, va perdiendo las bolsas negras en el camino.

Ana imagina al médico;

“son metástasis en el hígado”;

sus manos frías,

su voz dice la palabra como si fuera otra y aunque añada cualquier consuelo,

, después de

“metástasis”

todo da igual.

Metas-tasis: metidas en tus venas está la enfermedad.

Tranquilo, Renzo: ahora podés entrar en un protocolo de investigación,

Tranquilo, Renzo: hay una nueva droga que se ajusta a tu caso,

¡Tranquilo, Renzo!: confiá tu cuerpo a la ciencia que te envenenará

—¿Hasta cuándo?

—Hasta matarte.

—¿Hasta cuándo dijo?

—Hasta curarte.

¿Sabrán los médicos de la lucha de ese cuerpo por descubrir si acaso en él resistió la capacidad de amar?

¿Cómo abordar el cuerpo que vive sólo para negarle la esperanza al espectador?

Un cuerpo así ¿no es imposible?

Ana no dice nada; después de todo, la imagen que tiene de su tío es la de un hombre que observa al mundo en silencio. Además, ¿qué decir frente a la traición del propio cuerpo?

—Él amó sólo a la primera —le dice su abuela mientras sube el volumen de Crónica Tv.

—Liliana —confirma Ana.

—No, a la primera.

—¿Liliana no fue su primera mujer?

—La primera fue Tilde, una novia del barrio.

—En el primer contacto con una persona, el actor ya sabe qué tipo de relación tendrá con ella —le explica Renzo a Ana después de ver un capítulo de *Dr. House*.

Le cuenta que, una vez, hace muchos años, la Comuna Baires necesitaba plata para pagar el alquiler del primer teatro que alquilaron en Milán. Alguien le dijo que había una mujer filantrópica que estaba dispuesta a ayudarlos.

Renzo fue, se paró ante una enorme y suntuosa casa y tocó timbre; una mujer abrió y *Ah, vos sos Renzo Casali, esperame un momentito, voy a buscar los patines porque el piso está recién encerado...*

Renzo dio media vuelta y se fue.

Una noche de 1980, en el teatro San Martín de Buenos Aires, Renzo ve actuar a su compañero Federico.

Al final aplaude con manos sinceras. A la salida lo espera para felicitarlo.

Le dice que se alegra de su éxito, que lo ve muy bien.

–No, Renzo, el que está bien sos vos, que no te vendiste –responde Federico.

Por la tarde, Ana vuelve caminando a su departamento mientras se pregunta cuándo empezó a extrañar la ciudad donde creció. Esto prefiere no contárselo a su familia, sería darles la ilusión de que va a volver a vivir allá y eso no.

Repasa las fechas: ¿fue desde fines del año pasado, cuando se dio cuenta que el trecho para terminar la carrera se acortaba bruscamente? No.

¿Fue en febrero de este año, cuando se acordó que para recibirse hay que hacer una tesis? No, ahí estaba de vacaciones en Mar del Plata y todavía tenía ganas de empezar el último año.

¿Fue cuando empezó a cursar Gráfica III? Un poco.

¿Fue cuando, a mitad de año, se murió la madre de una compañera? ¿Fue la noticia o estar en el velatorio y darse cuenta que si alguien de su familia se moría ella estaría lejos?

Algunas noches, sobretodo cuando duerme sola, Ana se levanta ahogada pensando que a sus padres les pasó algo terrible.

Hasta ahora, sólo mira de reojo el clonazepam.

Hasta ahora.

XII. La espera

Renzo está acostado sobre la cama. Hace tres días que no se levanta: está pálido y sus ojos permanecen cerrados. Frente a él la computadora está apagada. Ya no arremeterá contra el teclado hasta romperlo. La luz fluorescente del módem titila desde el suelo de la habitación. Hay un olor dulce en el aire, como si su cuerpo, aún perdiendo la batalla, resistiera.

Renzo no tiene miedo ahora, tampoco lo tuvo frente a su imaginación cuando lo amenazaba con volverlo loco.

–Te voy a traer a los jugadores y te vas a curar –le dice Moratti, el dueño del Inter, tomándole la mano.

Abrir los ojos requiere esfuerzo. Lo logra. Son negros y se mueven en un fondo amarillo. La figura de Moratti, sentado junto a su cama, le recuerda todas las cosas que logró en los últimos años.

El domingo de Pascua antes de morir, mientras sus hijas lo esperan en el salón para almorzar juntos, Renzo hace un video con sus memorias, con sus últimos deseos, con sus legados. Recostado, mirando hacia cámara, se despide de sus hijos, de su mujer –la última de todas ellas–, de los proyectos en borrador.

Planifica su funeral: en el teatro, vestido con la ropa blanca de *Memorias de un viejo cerdo*, su último espectáculo, con la presencia de sus amigos que brindarán bajo la música jazz, y algo de tango.

También dice que no dejen pasar a algunas personas. La lista lleva nombres que vivieron cada etapa de la Comuna Baires. Y los de algunos des-amores.

Ana se acuerda de la vez que creyó tener depresión, o algo que se le parecía. Cuando vio por última vez a su tío le preguntó si él alguna vez se había deprimido. Estaban en una playa de Santa Clara, debajo de la sombrilla, frente a un chiringuito de paja.

Se arrepintió enseguida: su tío estaba enfermo de verdad y la pregunta retumbaba en el vacío.

—Nunca —contestó Renzo—, yo soy un vitalista.

Se lo dijo mirando el mar y llevándose un camarón frito a la boca.

Renzo fue su primer amor platónico. Después, cuando creció, Ana se dio cuenta que las verdades con que la había conquistado no eran creaciones propias:

—que el lenguaje era fascista, ya lo había dicho Barthes,

—que todos mienten menos cuando actúan, ya lo había dicho un teórico del teatro,

—que la vida imita al arte, lo sabía Oscar Wilde,

—que lo mejor es dejar que el otro se acerque o se aleje cuando quiera, Ana lo hubiera aprendido de todas formas. Cuestión de tiempo.

Fueron tres días de espera; Renzo no quiso que lo sedaran: quería estar conciente y mirar a la muerte en el momento en que viniera a buscarlo, cualquiera fuesen los ojos que ella tuviera.

—¿Creés en Dios? —le preguntó Ana cuando vio que al pasar por la catedral de Mar del Plata su tío no se persignaba.

De chicos, Renzo y el padre de Ana habían sido monaguillos. El sacerdote al que acompañaban era un hombre gordo de andar pausado.

El día de Pascua, en el momento en que se transforma la sangre y el cuerpo de Cristo, el gordo, arrodillado, le hizo una seña disimulada a Renzo, que se acercó.

—Fijate si ya está cocido el pollo —susurró.

—¿Cómo?

—Que abras el horno y si el pollo ya está dorado lo apagues.”

Renzo se levantó, fue hasta la cocina, se sacó la túnica y se fue.

—Pero igual podes creer en Dios —ese invierno Ana había tomado la comunión y estaba algo pesada— ¿Crees?

—No. Pero espero que Dios crea en mí.

Ana y el novio están en silencio, cada uno en un extremo del departamento. Aquellas paredes están hechas, a la derecha, de un ventanal; a la izquierda, de una cama de madera barata; arriba un techo de yeso y abajo de unos cerámicos color crema.

A Ana le llega un mensaje al celular; *the one i love* dice que algún día volverá, pero que todavía no.

Ana elimina el mensaje, borra el número y apaga el celular; después lo deja sobre la mesa y mira a su novio, esperando su respuesta.

—¿Segura querés que me quede a dormir? ¿No sería mejor...?

—Segura. No tenemos que ser tan estrictos. ¿Pedimos una pizza?

—Bueno, sí. ¿Quién te escribió?

—Mi hermano; me pregunta cómo estoy.

—¿Qué le pusiste?

—Que estamos bien. —Ana sonríe, se acerca a su novio, le sostiene la mirada unos segundos hasta que ambos sonríen. Entonces lo besa y apoya la cabeza sobre su hombro— ¿Llamas vos a *Pizzabrosa*? ¿O la vamos a buscar?

Nadie quiere mirar directo hacia el cajón, aunque esté cerrado y así quede un lugar para pensar que no está ahí, que no puede ser.

Difícil, imagina Ana —y es que ahora lo piensa por primera vez— porque está en el medio de la sala, una sala enorme de madera con mesas y sin sillas porque no está permitido sentarse, está escrito que los asistentes deben conversar, caminar, danzar con el jazz que sale de los dos parlantes, dos parlantes pegados a los cortinados bordó que caen sobre el escenario, escenario iluminado y tan vacío ya.

Hubo un día en que se fue a Buenos Aires para tomar el avión que lo llevaría de vuelta a Italia. Esperó hasta lo último para subir. Se sentó en la ventanilla del piso alto de un colectivo que tenía el ploter de *Tienda León*. Corrió la cortina con la impunidad de saber que el sol pegaba en el vidrio y desfiguraba su cara de tristeza.

Ana piensa en la palabra inexorabilidad; la asocia, desde siempre, con el tiempo. Debe ser porque el ejemplo del diccionario que usaba en el colegio era “que no se puede evitar, como el tiempo”.

Ahora entendía. Inexorabilidad era que en lugar de levantarse cada vez que su tío había entrado a los gritos en su habitación, ella había dado media vuelta para seguir durmiendo.

Ahora Renzo la saludaba con la mano desde el colectivo.

–“¿Cuándo volvés?” –le escribe su novio por wasap.

–“Creo que me voy a quedar dos días más acá; estudio mucho mejor”.

–“¡Pero quiero que vuelvas a casa!”

–“Estoy en casa...”

–“No, Ana: estás en la casa de tus viejos”.

Ana lo llamaba y le escribía. Renzo había desconectado su teléfono y de sus mails se encargaba su mujer –la última de todas ellas–. Ana, entonces, le rogó a ella.

–Déjame escuchar su voz.

–No.

Antes de venir a Argentina a despedirse, Renzo ya había decidido que ése sería el último contacto que tendría con el mundo. Ahora quería morir solo, sin compartir con nadie los días de agonía que le esperaban.

Ni siquiera con Ana.

Ana, en su departamento, dejando sobre la mesa, a medio leer, el último libro que le regaló su novio –el último de todos ellos– en su último cumpleaños. ¿Qué tengo en el corazón?, se pregunta para sí.

Ana, cerca de la ventana, mirando el cielo rosa: los edificios, las sombras, los juegos de luz, un par de árboles agitados por el viento, las terrazas de los demás –desde un sexto piso todo es terrazas–. ¿Qué es esta desidia?, se sobresalta.

Una de las terrazas es de hormigón y la pintura negra desparramada forma la cara de Fito Páez. ¿Qué es este tedio? Mejor ni preguntarse.

Ana, descalza, abriendo la ventana y aspirando profundo el aire cálido. El olor a tilo se mezcla con el olor a cloaca del edificio, como sucede cada diciembre. Tengo que avisarle al administrador, piensa.

Por suerte ya no tiene la nariz tan tapada.

Por suerte hoy es viernes y Ana no tiene nada que decidir.